

ANTICLERICALISMO

DEL

“QUIJOTE”

POR

SIMÓN CERREJÓN



MADRID

Imp. “La Itálica”. Velarde, 12.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

1905

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS DEPARTMENT

ANTICLERICALISMO DEL "QUIJOTE"

L. 1152982
C. 71447553

Anticlericalismo

del

“QUIJOTE”

por

SIMÓN CERREJÓN



MADRID

Imp. “La Itálica”. Velarde, 12.



R. 148312

APERITIVO

Mi querido amigo, el autor de este libro, [tuvo el capricho de que yo lo leyera; así lo hice y me gustó; hubiérame hallado necesario, aunque no fuera tan aceptable como es, porque abrigo la convicción de que están haciendo falta, y ahora en el centenario de Cervantes mucho más, varios, bastantes libritos populares manuable, baratos, claros y sintéticos que lleven al ánimo del vulgo el convencimiento de que el *Quijote* y las demás novelas del Manco de Lepanto, entrañan el ferviente anticlericalismo, la profunda aversión á la teocracia que el infeliz pensador abrigó toda su vida.

Es esta una verdad importantísima, que la Iglesia ha tratado constantemente de ocultar, pues mucho le convenía.

La Iglesia aborrece con toda su alma á Cervantes y su obra; los aborreció desde que se dió cuenta, y fué ella la primera del espíritu que los informaba.

Como Cervantes poseía una gran cultura, supo tan bien como Quevedo y acaso mejor que Calderón, que Tirso y que Lope, expresar, al menos para los avisados, el odio que le animaba contra la teocracia y de manera que ésta, dueña de la censura del impreso y de toda palabra, no pudiese encontrar motivo jurídico de perseguirle.

¡Ah, si hubiera escrito en nuestros días! ¡Si él, si Calderón, si Lope, si Tirso, si el mismo Argensola hubieran

conocido la libertad de 1868!... No se habrían limitado al símbolo, á la alusión, á la semejanza y al circunloquio; no habrían tenido que poner sus más trascendentales sentencias en boca ya de un bufón, ya de un judío, de una pobre mujer, ó, como Cervantes, de un loco rematado, labios en los que todo se puede expresar al amparo de su excepcional condición.

Lo que ha hecho el autor de este librito, siguiendo aunque en manera alguna imitando á Polinous (1) y á don Baldomero Villegas, señalar los lugares anticlericales en el *Quijote*, puede hacerlo cualquiera espigando racionalismo, incredulidad é impiedad en los autores arriba citados y en otros más antiguos, como Berceo, el Arcipreste de Hita y Luis Vives; ¿qué digo? en el mismo fray Luis de León y aun acaso más en Santa Teresa.

Ya lo dijo Llorente en su prólogo de la *Historia de la Inquisición*. Chocábale que todos los autores españoles, aun los más libres, como Quevedo, se mostraran tan medurados y pusieran en sus escritos pensamientos reñidos con el sentir interno que por otra parte se les adivinaba. El secreto, la causa, era la coacción inquisitorial.

Esto no quiere decir que sea el *Quijote*, como Polinous pretende, un libro esotérico, es decir, casi cabalístico y sin casi todo él simbólico, escrito para iniciados en un misterio y dueños de la clave de toda la simbólica del libro. No, porque si bien es cierto lo que esos cervantistas esotéricos afirman, que muchos pasajes del *Quijote* quedan sin sentido y absurdos en su significado natural, pero que adquieren valor significativo interpretados como símbolos, figuras y alegorías sutilísimas, hubiera sido perder totalmente el tiempo escribiendo libro semejante para ser entendido por muy pocos ó casi ninguno, dado que en aquel tiempo las iniciaciones sectarias no existían ya en España más que entre los judíos y eran precisamente, aunque anticristianas, tan teocráticas ó más que las católicas, y nunca irreligiosas.

(1) Benigno Pallol.

Que el objeto del *Quijote* no era combatir los libros de caballerías, ya desacreditados y desterrados, no se puede dudar. La Iglesia ha defendido esta finalidad porque le era conveniente extraviar la opinión respecto de la verdadera.

El que sepa lo que fué el tiempo de Cervantes, no caerá en este engaño. Lo que comprenderá es que nada tan socorrido como la figura de un loco extraviado por la lectura de libros absurdos de caballería, para crear un personaje, en cuya boca todo se pudiera poner, y simular al mismo tiempo un objeto cualquiera, distinto del verdadero, y bueno para dejar satisfecha la mentalidad vulgar.

¿Cuál fué, pues, la finalidad del *Quijote*? Leyéndole con ojo observador á través de un criterio maduro y nada sectario, se adivina.

Hay en todo él un profundísimo desdén hacia lo sobrenatural, lo teológico, lo devoto, lo teocrático, lo milagroso y de otros mundos. Para Cervantes, se equipara todo eso á la brujería, á la magia, la cábala, el agüero y la demonología. Con el mismo soberano desprecio trata de lo uno como de lo otro, aun en medio de las salvedades á que su época le obliga, y dentro de éstas, cuando habla de la verdadera religión, del cristianismo, ¿quién puede saber esa religión cuál es? La que el autor lleva dentro, un deísmo naturalista, una moral universal, espíritu amplio, religioso, sin dogmas ni ritos, como el de Jesús de Galilea, que él adivinó sin duda cual tantos otros pensadores de su tiempo y menos modernos. Quevedo en su defensa de Epicuro aparece en el mismo plano internamente.

Y como corolario de estos íntimos principios filosófico-religiosos, porque Cervantes era un espíritu religioso sin religión positiva ó dogmatismo de hombres, hay en el *Quijote* lo que más se debiera procurar que trascendiese á las multitudes, y es esencia que no se halla en tal ó cual pasaje, sino diluida en todo el libro; es el culto de la patria y de la humanidad por encima de toda creencia reli-

giosa; la superioridad del Estado sobre cualesquiera sacerdocios posibles; el hombre y la vida como objetos de la vida y del hombre, no como medios para esa ilusión indefinible y elástica, llamada *la gloria de Dios*: ese es el espíritu de Cervantes, esa la esencia de su obra entera.

*
* *

Y eso lo que pronto vió en ella la Iglesia, furiosa por que los escritos de Cervantes no le dejaban asidero para acusarle de hereje (se acusó á Quevedo, se había acusado á Santa Teresa y á fray Luis de León).

Lo conoció, lo palpó ,y desde entonces data la guerra sorda que le hizo y que ahora se recrudece, porque la Iglesia se cree en España omnipotente. De ahí el *Quijote* de Avellaneda, obra sin duda alguna monástica; de ahí el sobornar y aun obligar con amenazas á Lope de Vega y á otros ingenios, para que ridiculizaran, desacreditaran é hicieran despreciable á Cervantes, á título de loco, majadero, visionario y necio, como así lo cumplieron y su dicho prevaleció al cabo.

Esto no se ha hecho con Cervantes sólo; no es un caso aislado; se repitió con el Brocense, con el cardenal italiano De Noris, con Fenelón y antes con Santa Brígida, con San Pedro Damiano, con las obras de Eneas Silvio, más tarde Pío II; con las de Savonarola, con las de Copérnico y las de Galileo.

Se hizo más y se sigue haciendo con Cervantes: sobornar editores para desnaturalizar los textos, añadirles, quitarles, variarles el sentido y hacerles decir lo que sus autores no pensaron. En el siglo XVIII un escritor notable dijo que no se encontraba en países católicos una obra antigua ó moderna que no estuviera así desfigurada, fuese de los clásicos latinos ó griegos, de los árabes ó de los autores cristianos.

El pueblo debe saber que como la primera edición del

Quijote no se halla acaso ninguna; las más acreditadas de exactas distan mucho de serlo, precisamente en los pasajes que con la religión poco ó mucho se relacionan. Es una labor antigua, constante, que empezó casi en vida del Manco glorioso y continúa al presente con más encono que nunca.

Literatos muy encopetados, vendidos al jesuitismo, que es el portaguión contra Cervantes, se vienen ocupando en hacer ediciones muy académicas y cacareadas de fieles, de genuínas y puras; pero todas están mixtificadas á gusto de la Iglesia. Se impone, y nadie la hace, una edición copiosísima y muy barata del *Quijote* puro. ¿Se atreverá alguien á lanzarla ahora durante el Centenario? Seguramente que no.

La historia de la guerra sorda contra el *Quijote* es larga. Primero, aislar á su autor, matarlo de hambre en medio del descrédito y del ridículo; neutralizar su *Quijote* con otro, fingirle objeto que nunca tuvo; obligar al escritor á darse por piadoso y sumiso devoto, cuando estaba agonizando. ¿Se murió ya? Pues á sepultarle en el olvido, lo que se hizo tan bien, que hoy se ignora dónde nació, el lugar que guarda sus restos y cuál sea, si hay alguno, su verdadero retrato. En el siglo XVIII estaba ya olvidado y ocupa su obra en el orden intelectual corriente el rango de uno de tantos libros infantiles de ficciones necias y fantásticas recreativas sin transcendencia; un segundo Bertoldino y Cacaseno.

Fué necesario que los ingleses, que lo estudiaron bien, determinaran una restauración y reivindicación de Cervantes, nos le dieran á conocer y entonces surgió el cervantismo, á veces un tanto loco, bien que la Iglesia, á la sazón no tan poderosa, ya se cuidó, no de oponerse á él claramente, no se atrevía, pero sí de extraviar á los mismos cervantistas y de corromper los textos sin descanso. No podía hacer más y eso hizo.

Hasta que llegó la Restauración alfonsina, volvieron los expulsados jesuitas y por su mano comenzó más á las

claras la guerra que hoy se hace ya con menos disimulo aún, casi á la descarada.

*
**

La Compañía de Jesús en sus noviciados y colegios, tronaba c ntra Cervantes, casi al mismo tiempo que Polinous en su bien escrita, aunque en muchos puntos errónea *Interpretación del Quijote*, y luego Villegas en su *Tropologia*, informado en el mismo criterio de esoterismo, daban principio á una labor reveladora que debía producir para más adelante luz muy viva, despertar la pública atención y encauzarla hacia el conocimiento del espíritu de Cervantes, sólo por muy pocos vislumbrado; pocos y sin valor para declarar sus convicciones.

A Polinous y á Villegas se les podrá impugnar su criterio fundamental y las deducciones concretas que les sugiere; mas nunca negarles el acierto, la penetración del verdadero ideal cervantino. La cuestión con ellos no cabe más que acerca de si el *Quijote* y las Novelas Ejemplares son simbólicas en el sentido esotérico de la palabra, ó no más, y ya es mucho, que trascendentales, tendenciosas, *de tésis* más ó menos transparente, como yo sostengo, no sin fundamento serio.

Polinous enmudeció; Villegas continuó y continúa luchando con tesón por sus principios en el libro (ha publicado uno precioso acerca de las Novelas Ejemplares), en la Prensa, en el Ateneo, en los Círculos, donde puede, secundado ¡es triste!, por muy pocos. En el mundo de la literatura y de la mentalidad, no se le hace caso, persiste la consigna de aislarlo en el silencio, la llamada Prensa Grande, toda ella reaccionaria y clerical, no estampa ni una palabra para dar noticia siquiera de sus libros, de sus folletos, de sus conferencias, de sus mociones ante los que gobiernan: la Compañía de Jesús todo lo domina, todo es hoy aquí suyo; el que le resiste pasa por loco.

El último tributo que se ha podido rendir durante la

Restauración á una celebridad mal mirada por la Iglesia, ha sido el de Calderón. Resultó magnífico y hasta el c'e-ro tomó en él parte, por que aún los jesuitas carecían de la prepotencia lograda más tarde. Con todo, Menéndez y Pelayo, que aún les estaba obligado y no había reñido con ellos, ya se cuidó por su mandato de estropear en cierto modo aquella solemnidad con su imprudente, bravucón, injurioso y necio brindis al fin del banquete oficial, un brindis por la España de la Inquisición y por ésta misma; un acto escandaloso, depresivo, denigrante, que impresionó muy mal á todos los invitados extranjeros y nos deshonró en Europa.

En adelante, nada para nuestros grandes hombres. Casi inadvertido pasa el centenario del insigne marqués de Marcenado, gloria de nuestra marina. El de Colón, no llegó ni á mediano, y el de Cervantes, de 1905, tercer centenario de la publicación del *Quijote*, fué un verdadero desastre, una vergüenza, una ignominia. Se venía trabajando contra esta solemnidad incesantemente. Para deslucirla, restándole fuerzas, se inventó el cincuentenario de la Concepción (1854-1904) y otras cuantas conmemoraciones católicas, verdaderas socaías que dejaran fatigados los bolsillos y los deseos de festejar y así los hallara el homenaje á Cervantes.

La campaña en el terreno de las ideas había comenzado mucho antes; las consignas se transmitían desde las casas de los jesuitas, donde se organizaba la guerra á Cervantes por hereje. El P. Mir, jesuita, lo refiere en su libro *Un barrido*, etc., publicado antes del centenario de 1905. En cierto colegio de jesuitas, dice, se celebró un auto de fe ó quema de libros heréticos. Uno de los arrojados á las llamas fué ¡el *Quijote!* y al lanzarlo se pronunció el anatema: ¡Por hereje, por impío, por... liberal!

Este hecho nos da cabal idea de los propósitos del jesuitismo, que ya venía, como digo, laborando contra Cervantes, y explica el fracaso del centenario de 1905, mas también ¡ay! no sólo éste, sino el que le espera, y con vi-

vos deseos de equivocarme vengo pronosticando al centenario de 1916, el de la muerte del insigne Manco de Lepanto, acaecida en 23 de Abril de este año.

Algunos hace que los cervantistas sinceros se ocupan de preparar esta conmemoración. Cavia, uno de los principales, ha escrito mucho; se ha pedido al Estado que erija en Madrid para la fecha conmemorativa referida un monumento digno del autor del *Quijote*; se han reunido juntas, algunos diarios como *El País* han publicado hermosos artículos. Todo inútil. Una resistencia pasiva; una presión de lo alto esteriliza solapadamente esos esfuerzos.

El elemento oficial se ha hecho el remolón para que pase el tiempo, llegue la hora y no se haya hecho nada, por lo cual todo se realice de cualquier modo y resulte un desastre. Hay más: un alcalde de Madrid, Ruiz Jiménez, cuando Cavia y otros, más excitaban al Gobierno ¡y era liberal! á honrar á Cervantes, á prepararle un centenario espléndido, salió con un proyecto increíble: quitar la estatua de Cervantes que hay frente al Congreso, única en Madrid, y poner en su lugar otra... ¡de Sagasta! Así respondían las altas regiones á los esfuerzos de los buenos cervantistas.

Al mismo tiempo, con el Congreso Eucarístico, el centenario de Constantino, las fiestas de la flor y de la cruz y el centenario de Santa Teresa, más otro que estaban preparando, se procura, como en 1904, fatigar las actividades y vaciar los bolsillos para que el centenario de Cervantes los hallara escurridos.

*
* *

Y no se puede hablar. En vano Villegas ha clamado en el Ateneo y en otros lugares, y ha escrito y ha publicado artículos y hacen gestiones otros. Cavia ya ni aun mueve su brillante pluma; no le dejan en *El Imparcial* que diga verdades sobre este asunto; el *Trust* es clerical hasta la medula. Le hace el vacío á todo el que esta cues-

tión quiere remover; ninguno encuentra calor en las alturas y sí una hostilidad sorda, pertinaz, irreductible, á veces disfrazada de fervor.

En tanto, el tiempo transcurría; sólo restan cuando esto escribo dos meses, y nada se ha hecho más que un decreto zonzo, anodino y amañado para cumplir de mala manera. La comisión nombrada, casi toda ella compuesta de clericales, no se mueve; ¿del monumento? Una exposición de proyectos absurdos. Aunque empezara la erección del escogido el mismo día de la elección, no quedaría tiempo materialmente para terminarlo y ¡ni aun el proyecto, el diseño! parece que está aprobado en definitiva. La guerra por último, ha dado la puntilla al centenario; queda para las kalendas griegas.

El jesuitismo va á triunfar una vez más de Cervantes; nos aguarda una gran vergüenza, por culpa suya, ante el mundo civilizado; porque con guerra y todo, Inglaterra celebrará el centenario de Shakespeare y... el de Cervantes; pero eso sí, Rodríguez Marín, Menéndez Pidal y otros neos prepararon á tiempo sus *quijoterías* y *cervanterías*, ediciones y tratados que presenten á Cervantes como no fué, para engañar, extraviándola, á la opinión española, y que se rían de nosotros en el extranjero, y al fin se verifique el desastre que será la victoria del clericalismo.

Había que decir con tiempo todo esto que acaso yo ponga en la Prensa, aunque me quede solo y nadie me haga caso ahogando mi débil voz en sistemático silencio. De ahí que haya querido hacerla sonante al principio de de este librito popular de mi buen amigo.

Sepa el pueblo estas verdades; sepa á qué atenerse, conozca las causas de lo que está sucediendo y de lo que, dolorido, va á presenciar. Ésas causas radican arriba; el Estado, es decir, la Restauración, las oligarquías en su nombre imperantes, todo lo que puede y lo que vale, es clerical, es jesuíta, es esclavo de la Iglesia de Roma, y por lo tanto, es enemigo de Cervantes y antitético de su espíritu racionalista, humano, progresivo, antiteocrático y liberal.

Cervantes permanecerá obscurecido, y combatido, y despreciado, y será hasta peligroso declararse por él, mientras la Restauración exista.

¿No han de ser, pues, necesarios, útiles y civilizadores libros de divulgación popular como éste?

En él, su autor, conociendo á las multitudes no se ha cuidado ni de galas ni de exquisiteces de estilo, ni de atildamientos de lenguaje; no ha empleado esos resortes de literatura, reglamentados por la retórica, á fin de deleitar, aunque sea diciendo sandeces, y despertar artificialmente el interés.

El no ha escrito para sabios ni para literatos profesionales ó para decadentistas que sólo se preocupan de la forma y del artificio del decir, aun no diciendo nada. El pueblo quiere y necesita otra cosa: la verdad pura y contundente, sin rodeos ni arrequives, dura, hermosa, á la mano; el pan pan, y el vino vino, nada de eufemismos hipócritas, ni de artificios amanerados, á tenor de gazmoñas conveniencias y de femeniles ó fementidos repulgos propios de gente degenerada.

En este libro se le ofrece limpia y desnuda la verdad: que Cervantes y su obra son anticlericales: he ahí el propósito, y ¡por Dios!, que queda bien cumplido y llega su cumplimiento en buena hora, cuando tanta falta hace, desentonando entre el concierto de mentiras que sobre Cervantes y su espíritu va á lanzar el clericalismo dominante, entenebreciendo y anulando para ignominia de España el centenario de su desolada muerte en la miseria y en el abandono.

Consuélenos la esperanza de que resplandecerá el día de la justicia para el Manco de Lepanto. No hay semilla sin fruto para su tiempo. El imperio del jesuitismo concluirá más pronto de lo que se cree, y entonces, con ó sin fiestas de centenario, la gloria inmarcesible de nuestro héroe inconmensurable brillará para no ser jamás eclipsada

FRAY GERUNDIO

Barcelona, 2 de Marzo de 1916.

PROEMIO

Abramos el *Quijote* y discurremos un poco por las maravillosas páginas de este libro inmortal; de este libro, el más ingénuo, el más sincero, valiente y humano de cuantos, á mi juicio, se han escrito hasta el presente; de este libro, único en nuestro idioma y literatura; obra, en fin, la más excelsa de cuantas produjo aquel peregrino ingenio que se llamó Miguel de Cervantes Saavedra.

Si queréis formaros completa idea de quién fué, y cómo fué este hombre extraordinario, podéis prescindir de la lectura de todas sus obras y leer sólo el *Quijote*; en este libro palpita, toda entera, el alma de su autor. Para llegar á este resultado hay que leer dicha obra, despacio, sin apresuramiento, y meditar algo, no mucho, sobre lo leído. Haciéndolo así, con poco esfuerzo desentrañaremos su rica esencia y descubriremos los inapreciables tesoros que tal libro encierra, dándonos, al mismo tiempo, y como ya dejo dicho, idea completa del hombre y de su obra.

Tal vez no falte algún *espíritu superior* que sonría, desdeñoso, ante estas alabanzas, bien por

que las crea extemporáneas, ó bien porque se trata de un libro, quizás el más leído y discutido de todos. Si ese *super hombre* se me presentara, yo me atrevería á rogarle templara sus ironías, pues no andamos tan sobrados de cosas buenas para que, por temor á problemáticos Aristarcos, dejemos de vulgarizarlas como cada uno sepa y quiera, y con la intención que le parezca á cada cual.

Si se tratara de otra nación, de más extensa cultura que la nuestra, pudiera parecer una majadería salir á *estas alturas* queriendo decir algo acerca de Cervantes y su famoso libro; pero tratándose de un país donde más del cuarenta por ciento de sus habitantes no saben leer ni escribir, y aun los que saben, leen poco, no creo se incurra en tal defecto. Seguramente habrá algunos millones de españoles que no conocerán, ni de oídas, el asunto que vamos tratando, y otros muchos que confundirán el *Quijote* con las *Hazañas de Rocambole* y á Cervantes con cualquier diputado de la mayoría. Es un decir. Sentado lo que antecede, y con perdón de los que opinen de otra manera, sigamos hablando de Cervantes y de su libro.

Entre los innumerables escritores que han sometido el *Quijote* al escarpelo de su crítica, hay algunos que pretenden presentárnoslo como el libro simbólico por excelencia donde es imposible distinguir lo aparente de lo real; y agregan que por mucho que torturemos el cerebro no acertaremos nunca á comprender lo que Cervan-

tes quiso decir en este ó aquel pasaje de su obra. Otros críticos, en cambio, opinan que jamás se escribió nada más claro y comprensible, y que resulta ridículo en demasía, el empeño de querer desfigurar los pensamientos del autor, en fuerza de sutilezas, cuando tan franca y sencillamente los dejó expresados.

En mi humilde opinión, tanto yerran los que convierten el *Quijote* en un jeroglífico indescifrabable como los que quieren que su contenido esté al alcance de la inteligencia de un niño: *ni tanto ni tan calvo*. Haciéndonos cargo de la época en que el referido libro se escribió, hay que convenir en que, forzosamente, tiene que abundar en ambas cosas: claridad y simbolismo. Cuando el autor se limita á deleitarnos con las galanuras de su poética prosa, nada más claro, nada más sencillo y encantador; pero cuando censura ó protesta de las injusticias de los hombres, no tiene más remedio que encubrir sus pensamientos con el velo del simbolismo, pues, de lo contrario, hartó sabía lo que le esperaba: la persecución y el presidio, ó una hoguera en cualquier *auto de fe* de los muchos que por entonces se celebraban.

El lector ilustrado sabe que no exajeramos; aquellos tiempos, por los que aún suspiran algunos imbéciles ó malvados, no son éstos. Entonces, el poder político y el religioso se confundían en apretado haz para impedir la libre emisión de las ideas, y ¡ay del infeliz iluso que se desmandaba!; cuando no bastaba la cárcel y el patíbulo,

acudía, solícita, la *sacrosanta* Inquisición con sus infernales hogueras y los terribles *in pace* de sus calabozos. Al pensar en tan luctuosos tiempos suspende el ánimo ver lo que Cervantes escribió en el *Quijote* sin que poderes tan recelosos se dieran cuenta de las ideas que contenía y que tan contrarias eran á su despótica dominación.

Porque hay que fijarse: Cervantes dice, lo que quiere decir; defiende siempre al débil y desvalido; censura y ataca abusos é injusticias allí donde se encuentren, y, en todo momento, protesta con valentía insuperable contra las demasías de los poderosos.

Siendo esto así, ¿cómo se explica que mientras otros, quizás con menos motivos, se ven atropellados y escarnecidos, á él nada le pase, nadie le moleste, nadie le persiga? ¿Qué prodigioso talismán preserva á este escritor de las continuas asechanzas de un poder tan suspicaz como tiránico? A mi entender, ninguno; sencillamente, el arte inimitable con que está escrito este libro.

Con razón dice el Sr. Gil de Zárate hablando del *Quijote*:

«Hallarése, en fin, el lector en un hermoso panorama donde se descubren, á la vez, todas las cosas, todos los hombres y todas las ideas. Fruto de un feliz ingenio no formado exclusivamente en la lectura de antiguos libros, no aprisionado en la imitación de lo que otros hicieron, sino aleccionado en la escuela del mundo, de donde saca todos los materiales de su obra para disponerlos del único modo que le aconseja su imaginación fecunda, lozana y libre.»

Justo y merecido es el elogio, pero aún añáde más el citado escritor:

«En ninguna otra obra ha derramado la imaginación, con más abundancia, sus inapreciables tesoros, y en ninguna se ostenta más, al propio tiempo, las elevadas dotes de la razón más cultivada.»

No puede explicarse mejor el incomparable mérito del *Quijote*, y la razón de lo que dejamos dicho, acerca de la manera singular con que, Cervantes, escribió su libro. Critica á los dignos de censura y nadie se da por aludido; aquellas instituciones, objeto de sus más recios ataques, parece que no los sienten (cuando de ellos se percataron era tarde), y en su inconsciencia, tomaron por leves rasguños lo que eran mortales heridas. En vez de llorar, reían, con el vulgo, los graciosos disparates del héroe manchego. La mayor parte de los escritores que se han ocupado del *Quijote*, lo han hecho, unos, considerándolo desde el punto de vista exclusivamente literario; otros, los menos, con la baja y ruin intención de empequeñecer la figura del escritor más grande que ha producido España, y sólo una insignificante, pero benemérita minoría, ha tratado de extraer, para divulgarlas, las infinitas y provechosas enseñanzas que tan maravilloso libro encierra.

Tampoco ha faltado alguno que otro escritor, que, con avieso propósito ó con una inconcebible miopía, ha pretendido darnos á conocer un Cervantes *fervoroso católico é hijo respetuoso y su-*

miso de la Iglesia, y esto, en todas sus partes, no es verdad. Los que tal dicen no han leído el *Quijote* más que con los ojos de la cara; los del espíritu, puede asegurarse que permanecieron cerrados mientras leían, y la razón, es clara.

Cervantes vivió en una de las épocas en que, con mayor pesadumbre, se hizo sentir el abusivo poder eclesiástico, y, por la historia, sabía á qué atenerse sobre lo ocurrido en siglos anteriores. Sentado esto, mal podía ser *hijo sumiso* quien, conociendo á fondo á su *santa madre*, no vaciló nunca en atacar su despótico proceder y en condenar, una y mil veces, su insana política de absorbente dominación, causa principal, entonces como ahora, de nuestro atraso y decadencia. Sin embargo, si por *fervoroso católico* hemos de entender *cristiano*, no hay duda que, en la acepción más pura de esa palabra, Cervantes lo fué; no podía dejar de serlo el hombre bueno todo amor á sus semejantes.

Respetuoso con instituciones que no merecían tal respeto, hay que ponerlo en duda, pues como decía Navarro y Ledesma:

«Poseía la más alta cualidad literaria, la que sólo alcanzan los genios, la devoción y fidelidad á Nuestra Madre y Señora la Ironía, que salva á los hombres del olvido.»

En lo referente á *sumiso*, ya hemos dicho por qué no podía serlo, y mucho menos en el sentido que la Iglesia da á esa palabra, significando la completa anulación del pensamiento.

Insensiblemente, hemos llegado al punto de

partida de nuestros deseos y á la ocasión de explicar la finalidad de este modesto trabajo. Con el *Quijote* á la vista pretendo demostrar la absoluta despreocupación de Cervantes en todo lo referente á las cosas de la Iglesia, y, al mismo tiempo, pondré de relieve el anticlericalismo que el citado libro rebosa por todos sus poros; si anduve ó no acertado, el lector juzgará. Al llegar aquí, me asalta el temor de que plumas más autorizadas que la mía se hayan ocupado de lo mismo; pero ¡qué remedio!, á quien, como yo, atiende más al fondo que á la forma, no debe preocuparle mucho que tal cosa haya sucedido; y no es que yo desdeñe las buenas formas, al contrario, soy un enamorado de todo lo bello, pero, amigo lector, no está en mi mano el poder producir obras tan perfectas como fuera mi deseo. Mi objeto al escribir estas líneas no es otro que insistir sobre un asunto, sobre el cual, nunca se insistirá lo bastante, pues, por nuestra desdicha, tan de actualidad resulta al comenzar el siglo xvii como en los primeros años del xx. Al decir esto he nombrado al *clericalismo*. Será una vergüenza, una prueba de nuestra incultura, lo que ustedes quieran; pero así es. Advertido esto, y confiado yo en que los lectores sabrán perdonar mi atrevimiento en gracia de la intención, principio la tarea.



ANTICLERICALISMO DEL "QUIJOTE"

I

Abierto el *Quijote*, demos comienzo á su examen y prospección; no hay que fatigarse mucho para encontrar lo que buscamos, pues en el capítulo VI nos sale ya al paso el gentil desenfado con que Cervantes trata los asuntos de la Iglesia. El cura y el barbero expurgan la biblioteca de Don Quijote, de aquellos libros cuyas malhadadas lecturas trastornaron el seso del pobre caballero. Ya habían entregado buena parte de ellos *al brazo seglar del ama*, cuando al abrir uno para reconocerlo, notaron que tenía por título *El Caballero de la Cruz*.

Topar con dicho título en aquella época (y estoy por decir que en ésta, dada la hipocresía ambiente) era lo mismo que diputarlo por bueno, aunque fuera un vil engendro literario, pero nuestro autor no pensaba así. Creía él, y creía bien, que por respetable que fuera el pabellón no debía

consentirse que bajo su amparo se cobijara mercancía falsa y averiada, y así hace decir al cura estas palabras:

«Por nombre tan santo como tiene este libro se podía perdonar su ignorancia, mas también se suele decir: tras de la Cruz está el diablo, vaya al fuego.»

Como se ve, Cervantes no se paga de apariencias; cuando la cosa es mala, la rechaza, aunque, como esta vez, se escude con la *Cruz*.

Continuando la lectura hallamos en el capítulo VIII el encuentro de Don Quijote con aquellas damas del coche, á quienes, por casualidad, acompañaban dos religiosos de San Benito. El enajenado Hidalgo cree que los dos religiosos son dos malignos encantadores que llevan hurtada alguna princesa; por tanto, para evitar tal desaguisado, se dirige á ellos y les dice:

—«Gente endiablada y descomunal, dejad al punto las altas princesas que en ese coche lleváis forzadas; sinó aparejaos á recibir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras.»

Para comprender toda la valentía que encierra tan enérgico apóstrofe, hay que hacerse cargo de la época en que se escribió. Reinaba, aunque no gobernaba, en España el débil é irresoluto Felipe III, á quien sus contemporáneos llamaron el *Piadoso*. El país agonizaba bajo la tiranía del inepto y ambicioso duque de Lerma; la Iglesia Católica imperaba como dueña y señora de la nación, y su principal elemento, las Ordenes religiosas, pisaban la cumbre de su influjo y poderío. ¿Os figuráis, ahora, la estupefacción, el

asombro que debieron sentir aquellos frailes al verse tratados de tan desusada manera? ¿Quién será este atrevido, se dirían, tan fuera de juicio que no sabe lo que dice ni á lo que se expone?

Para desembarazar la situación, pues Don Quijote aún les cerraba el paso, resolvieron darse á conocer diciendo quiénes eran y á lo que iban:

—«Señor Caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito que vamos nuestro camino y no sabemos si en este coche vienen ó no ningunas forzadas princesas.»

Ahora que sabe quiénes somos, pensarían, rectificará ese insolente deslenguado y, efectivamente, la *rectificación* no se hizo esperar:

—«Para conmigo no hay palabras blandas, replicó don Quijote, que ya os conozco *fementida canalla.*»

Se me dirá que, en lo que dejo copiado, no ha de verse nada extraño ni fuera de lo natural, pues se trata de una de tantas confusiones como padecía Don Quijote, el cual acomodaba todas las cosas y sucesos según por donde le daba su locura. Convengo, en á que quien así discurra no le falta razón, al menos en apariencia; pero, ¿no encuentra el lector demasiado expresivas las palabras del airado caballero? ¿No cree hallarse en presencia de una fuerte censura al elemento monacal, velada discretamente por la locura de Don Quijote?

Yo creo que sí; Cervantes sabe que, á las claras, es peligroso atacar el desmedido influjo de los monásticos; para ello se vale de un perturba-

do que no distingue de frailes ni encantadores, de un pobre loco que no sabe lo que dice y cuyas simplezas no deben ni pueden tomarse en cuenta. Sin embargo, más adelante reforzaré mi juicio con argumentos que no dejen lugar á dudas; no quiero que, imitando á otros, se diga que defino á mi caprícho.

En el capítulo XII cuenta un pastor á Don Quijote la historia de la pastora Marcela, y para encarecer las virtudes que adornaban al sacerdote que, por muerte de los padres de ella, la crió y educó, dice el pastor:

—«Y tened para vos como yo tengo para mí, que debía de ser demasíadamente bueno el clérigo que obliga á sus feligreses á que digan bien dél, especialmente en las aldeas.»

Suponed la fama que tendrían los clérigos de *entonces*, cuando para que hablaran bien de ellos tenían que ser *demasíadamente buenos*. Esto es: que tenían que esforzarse, sobrepujar lo corriente en materia de bondad si querían ser bien quistos de sus parroquianos.

Como, según dicen, no hay efecto sin causa, veamos cuál era la que determinaba la mala fama de los curas y la que llevó al iracundo Don Quijote á confundir unos benedictinos con desaforados y malignos encantadores. Abramos la Historia de la Iglesia Católica por aquellas páginas que nos relatan los primitivos tiempos del cristianismo en los que, según algunos historiadores, toda era virtud, candor, inocencia etc., etc., y por tanto

no debiéramos encontrar nada digno de censura; pues... escuchad.

El apóstol Santiago reprocha á los primeros cristianos «las distinciones del orgullo y la explotación de los pobres».

San Pablo escribe á los Corintios:

«Es de pública voz que se cometen entre vosotros impudicias tales, que no se ven semejantes entre los paganos, hasta el punto que uno de vosotros abusa de la mujer de su propio padre.»

Y San Cipriano decía de ciertos mártires:

«Que buscan rescatar toda una vida de adulterios, de borracheras, asesinatos, vicios, fraude y rapiñas, con el suplicio de un momento poco diferente de un triunfo y prohibido muchas veces como un suicidio.»

¿De modo que había mártires tal y como nos los describe el francote San Cipriano? Parodiamos al poeta:

«Ya ni en la paz de los sepulcros creo.»

Es posible que algún lector avisado arguya que estas citas no están muy en su lugar por tratarse de tiempos en que el triunfo de la Iglesia aún no era completo; hay que hablar, me dirán, desde los tiempos del Gran Constantino, en que, por su conversión al cristianismo, principia la verdadera época del predominio católico. Efectivamente; lleva razón quien tal objección haga, pero ¿qué hacemos con las citas ya copiadas? ¿Las borramos ó no? Dejémoslas estar, pues como el lector verá, poco perdemos en ello.

Puestos á hablar desde los tiempos del *Gran Constantino* principiemos por él, como es natu-

ral. Este emperador que se hizo cristiano y á quien se sometió la Iglesia Católica á cambio de su protección y poder, fué uno de los hombres más malvados de su época y uno de los más grandes criminales que registra la Historia. Dice Laurent en su obra *La Iglesia y la Moral*:

«Constantino acumuló tan malos hechos, que los paganos no encontraron expiación justa para sus maldades. *Lejos de aquí, le decían, los parricidas á quienes los dioses no pueden perdonar jamás.* Los sacerdotes cristianos fueron más complacientes: el mismo clero, que rehusaba la comunión á la hora de la muerte por un sólo maleficio, ofreció al emperador, en cambio del poder y de las riquezas, la absolución del asesinato de las personas más ilustres del Imperio: su suegro, cuñados, sobrinos, su hermana, su mujer y su hijo. El primer Nerón cristiano encontró en la Iglesia un bálsamo para sus remordimientos y una moral fácil para sus crímenes.»

Ya está complacido el lector exigente; ya conoce al célebre Constantino el *Grande*, primer *patrón* de la que luego dió en llamarse *barquilla de San Pedro*. Continuemos.

El Concilio de Neocesárea, año 314 de la Era Cristiana, prohíbe á los clérigos tener *concubinas* y el de Nicea (año 325) no mantener más mujeres que la madre, tía, *nuera* ó hermana. Por lo visto nuestros primeros curas le daban ciento y raya á todos los sultanes habidos y por haber; y tan á gusto se encontraban con sus serrallos, que se burlaban de las prohibiciones conciliares, siendo preciso que los emperadores Honorio y Teodosio se las hicieran obedecer *manu militari*.

Uno de los primeros Papas, San Inocencio,

se quejaba de que los *obispos* se casaban cuantas veces les venía en gana:

«Todo mal tiene su origen en la Iglesia; nadie corrompe más al pueblo que los clérigos.»

Esto lo dice San Jerónimo, y San Crisóstomo añade por su cuenta:

«Valdría más que los clérigos frecuentasen las casas de prostitución, que abusasen del trato humano, viviendo amancebados.» «La Iglesia se ha abandonado á la crápula» grita San Agustín...

Dice la Historia, que era tal el ansia de dinero demostrada por la Iglesia *en aquellos tiempos*, y tan reprobables los medios que, para conseguirlo, ponía en práctica, que el emperador Valentiniano creyó llegado el caso de dictar una ley que prohibiese legar bienes al clero en ninguna forma y bajo ningún pretexto:

«Me avergüenzo de decirlo, exclama San Jerónimo; la afrenta hecha á la Iglesia es el justo castigo de su codicia. Se permite á los sacerdotes paganos, á los juglares, á las cortesanas recibir legados y se le prohíbe á los sacerdotes cristianos: ¡y es que se han hecho más codiciosos que los histriones y las cortesanas!» «Escamoteadores de testamentos» les llama San Crisóstomo, y San Justino «salteadores del templo.»

El Concilio de Chalons (año 813) acusa á los clérigos

«de impulsar, por codicia, á las mujeres á entrar en religión con el fin de que den sus bienes á la Iglesia: *más bien es esto un robo, que procurar una donación voluntaria*», dicen los cánones del referido Concilio.

A medida que el cristianismo se afianza, desaparecen estas *cosas* y es muy otra la decoración; casi puede decirse que *varía* por completo. Ved



si no este cuadro histórico trazado por la experta pluma del citado Laurent:

«El siglo x es digno de los Borgias: el Papa Formoso es desenterrado por su sucesor Esteban VII, que le hace cortar los manos y la cabeza antes de arrojar su cuerpo al Tiber. Bonifacio es depuesto de todas las órdenes unas tras otras, y, por último, del Pontificado. Esteban fué estrangulado por sus crímenes; los partidarios de Formoso y Sergio abandonan á Roma á todas las violencias; así acaba el siglo ix, digno prólogo de una época cuya historia es una confusión de adulterios, incestos y asesinatos. Sergio III y Juan X son los Claudios del Papado; Teodora y Marocia, su hija, sus Mesalinas. *Innobles cortesanas colocan á sus amantes sobre el trono de San Pedro*, dice Baronio. Teodora hizo Papas á sus dos amantes Sergio y Juan, y Marocia á dos de sus hijos, el uno Juan XI, hijo de Sergio, haciendo ahogar al Papa amante de su madre para darle la tiara; y el otro, nacido también de adulterio, resume todos los vicios de esta familia, que llegó á tener por herencia la Santa Sede. se llamó Juan XII. Sus crápulas hicieron huir de Roma á todas las mujeres honradas, vendió la tiara; hizo mutilar á un cardenal, de cuyas resultas murió; sus crímenes obligaron á un Concilio á deponerlo por *homicidio, incesto, sodomia, sacrilegio y brujería*; pero fué restablecido en el Pontificado por las intrigas de sus numerosas cortesanas privadas de sus larguezas, y ejercitó atroces venganzas sobre los dignatarios del Concilio, y, por último, murió á manos de un marido en una cita adúltera. Otro hijo incestuoso de Marocia tuvo prisionero á Juan XI, su hermano, y gobernó en su lugar, después de haber matado al segundo marido de su madre. Pero el Papado no se sacia de crímenes. Bonifacio VII hace estrangular á Benedicto VI, sacar los ojos y morir de hambre á Juan XIV; Gregorio V, apenas restablecido en Roma por el emperador, hace sacar los ojos, cortar la lengua, manos, nariz y orejas al Papa Juan XVI, paseándolo por la ciudad santa desnudo sobre un asno; Juan XVIII envenena á Juan XVII, y muere también envenenado Benedicto VIII, mónstruo de inaudita crueldad. Juan XIX compra la Santa Sede, y Benedicto IX la vende, después de ser dos

veces arrojado de ella, volviendo á recuperarla por envenenamiento de Clemente II. Tal es la guerra de infamias en que se disputan los tesoros y el trono corrompido de la Iglesia, hasta que Hidebrando toma las riendas en sus manos violentas para lanzar el Pontificado á otra serie de crímenes que dominará la condesa Matilde.»

Respiremos; ya pasó la película macabra, ya terminó el desfile de los bochornosos é incalificables crímenes cometidos por esos mónstruos con tiara, afrenta de la humana especie; pero aún queda algo por decir; un momento más, y termino, paciente lector. A través de todos los siglos, de todas las edades, y, lo mismo en el clero secular que en el regular, encontraréis los mismos desórdenes, la misma inmoralidad. Hablo en tesis general; las excepciones, quedan á salvo como es justo y natural. Dejemos la exploración de tiempos tan antiguos y vengámonos á los tiempos de Cervantes.

En 1563 el emperador de Austria mandó inspeccionar los conventos de su nación y los encontró llenos de concubinas y de hijos de los monges. De la información que con el mismo objeto abrió el Parlamento de París en 1535 resultó que los monges robaban las mujeres á sus padres y maridos por medio de la violencia y el asesinato. Las mismas diligencias dieron por resultado, en Inglaterra, sorprender al abad de Langder acostado con una joven que habitaba en el convento, disfrazada de hermano lego, y descubrir que, en otros conventos, casi todas las monjas eran madres. Según Enrique Etienne, en

un proceso verbal, constaron los nombres de varios monges convictos de crímenes contra naturaleza; los priores de algunos conventos tenían hasta veinticinco concubinas, entre ellas varias adúlteras; según el citado historiador «las leyes del matrimonio eran profanadas con licencia inaudita».

En España... pero no; es tan sugestiva la pintura que acabamos de hacer que, seguramente, no aumentaría la belleza del cuadro una pincelada más; basta con lo dicho.

¿Comprendéis ahora por qué tenían que ser *demasiadamente buenos* los clérigos de marras, para que hablaran bien de ellos sus feligreses? ¿Comprendéis, también, el fundamento de mi juicio, al asegurar que no eran mero capricho las brutales, pero justas, palabras que Cervantes pone en boca de Don Quijote? No; no fueron palabras sin sentido y dictadas al azar; fueron la expresión de una honda y justificada indignación sentida por Cervantes, y que nos la manifiesta en la airada actitud de Don Quijote ante los dos frailes, personificación del vergonzoso orden de cosas que dejamos relatado.

Como adecuado broche que cerrará este artículo, copiamos de la *Historia política de los Papas*, por P. Lanfrey. Decía Foulques, abate de Neuilly, á Ricardo I, rey de Inglaterra:

«Señor, os aviso de parte de Dios casar á las tres malas hijas que tenéis.—Mientes hipócrita, contestó el rey, yo no tengo hijas.—Señor, repuso Foulques, tenéis tres, la avaricia, la soberbia, y la lujuria.—Pues bien, respondió

Ricardo, doy mi soberbia á los templarios, mi avaricia á los monges cisternienses y mi lujuria á los prelados de la Santa Iglesia.»

II

Departiendo Don Quijote con Vivaldos (capítulo XIII) sobre la severidad y disciplina de los caballeros andantes, decía este último que la tal orden de caballería le parecía más rígida y estrecha que la de los Cartujos, á lo que replicó Don Quijote:

«Tan estrecha bien podía ser, pero tan necesaria en el mundo, no estoy en dos dedos de ponerlo en duda.»

De esto, á decir que los frailes no han hecho nunca falta y que, por tanto, son innecesarios, no hay ni un paso siquiera. Vayan convenciéndose de lo contrario los que creen á pie juntillas en eso del *fervor católico* y la *sumisión* á la Iglesia de nuestro autor.

Sigue Don Quijote hablando con Vivaldos de la supuesta analogía de frailes y caballeros andantes, y entre otras cosas, dice lo siguiente:

«Y como las cosas de la guerra y las á ella tocantes y concernientes, no se pueden hacer sino sudando, afanando y trabajando, siguese que aquellos que la profesan tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando á Dios favorezca á los que poco pueden.»

«No quiero yo decir, ni me pasa por el pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso, sólo quiero inferir, por los que yo padezco, que sin duda és más trabajoso, y más aporreado y más hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso, porque no hay duda sino que los caballeros andantes pasados, pasaron mucha mala ventura en el discurso de su vida.»

¿Qué dice el lector ante estos razonamientos que Cervantes pone en boca de Don Quijote? ¿No se le antojan de una sutil y amarga ironía conocida, por el bosquejo que ya hicimos, la espantosa corrupción de la Iglesia?

Releed, si gustáis, el último párrafo copiado y lo encontraréis no solamente irónico: veréis, con claridad meridiana, una queja sentida, un lamento dolorido y profundo ante la patria infeliz, *trabajada, aporreada, hambrienta y sedienta, miserable, rota y piojosa*, merced al pernicioso influjo de un poder tan estéril como tiránico y ambicioso; de un poder enemigo de todo progreso é incapaz de hacer nada beneficioso por el pobre país que lo soporta...

En el capítulo XIX tropezamos con la famosa aventura de los clérigos enlutados; aquellos que, según nos cuenta el malferido bachiller Alonso López, iban á enterrar á Segovia el cadáver de un caballero que había muerto en Baeza. Al encontrarse Don Quijote con los clérigos y ver que venían de noche, cubiertos de negro, con hachas encendidas y recitando plegarias, le pareció aquello tan extraño y desusado, que desde luego lo reputó por un *entuerto* que sólo á él tocaba en-

derezar y deshacer, así que, sin más averiguaciones, espoléó á Rocinante y encarándose con los enlutados les dijo:

«Detenéos, caballeros, ó quien quiera que seáis, y dadme cuenta de quién sois, de dónde venís, á dónde váis; qué es lo que en aquellas andas lleváis; que según las muestras, ó vosotros habéis fecho ó vos han fecho algún desaguizado, y conviene y es menester que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que fecistes, ó bien para vengaros del tuerto que vos ficiesen.»

La respuesta que á estas razones dió uno de los clérigos, no fué del agrado de nuestro Caballero, el cual, asiendo por el freno la mula que montaba el referido clérigo, dijo á éste:

«Detenéos y sed más bien criado y dadme cuenta de lo que os he preguntado, sino conmigo sois todos en batalla.»

La mula, al verse asida de una manera brusca, se espanta, y echando á correr, dió con el jinete en tierra. Acuden los compañeros, Don Quijote los ataca y, después de una espantosa trifulca, en que los enlutados son dispersados, nuestro Hidalgo queda por dueño del campo. Por el suelo yace un enlutado herido en la refriega; Don Quijote se le acerca para auxiliarle, y el descalabrado, un tanto repuesto, cuenta quién es y á dónde iba en unión de sus compañeros, lamentándose, al mismo tiempo, de la situación en que tan sin culpa suya se encontraba. A esto último le dice Don Quijote:

«El daño estuvo, señor bachiller Alonso López, en venir como veniades, de noche, vestidos con aquellas sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de lutos, que propiamente semejábades cosa mala y del

otro mundo, y así yo no pude dejar de cumplir mi obligación acometiéndoos, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que érades los mismos satanases del infierno *que por tales os juzgué y tuve siempre.*»

Lo que Cervantes nos quiere decir está bien claro y al alcance de cualquier inteligencia; sin embargo, como mi única misión es exponer los juicios que me sugieren los pasajes que vamos comentando, he aquí mi parecer en este caso: Cervantes sabe que aquella procesión de clérigos enlutados no puede ser más que *cosas* de la Iglesia, pero le parecen tan impropias y desusadas las circunstancias, encuentra *aquello* tan innecesario, teatral y desnaturalizado, que considera pertinente preguntar *quiénes son, de dónde vienen, á dónde van y qué llevan*; los enlutados, léase la Iglesia, quieren pasar adelante esquivando una contestación que no quieren ni les conviene dar, pero nuestro autor, por boca de Don Quijote, los intima de nuevo á que contesten, so pena de que la Humanidad ilustrada y consciente *sea en batalla con ellos* (ó con ella).

Con absoluta claridad nos muestra Cervantes su pensamiento en la contestación que da á las quejas del malferido bachiller: «El daño estuvo en venir como veniades, etc., etc.» hasta el final de este párrafo. Esto es: yo os atacué porque no veníais como debíais y convenía á los que se dicen representantes de una moral rígida, apóstoles de ideales redentores. Los que tales cosas pregonan cumplen su santa misión con franqueza, sin doblez ni fingimientos, á la clara luz del día,

sin temor de que sus obras sean juzgadas. En cambio ustedes venían de noche, á la dudosa luz de las antorchas, disfrazados de negro, *como cosa mala y del otro mundo*, acompañando un cadáver, símbolo de ideas muertas para siempre, en fuerzas de mixtificaciones.

Para que comprendamos mejor el contraste que nos quiere presentar Cervantes entre lo que es y lo que debiera ser la Iglesia, pondremos algunos ejemplos que demostrarán, hasta la evidencia, el desacuerdo que siempre ha existido entre sus dichos y sus hechos. Estos ejemplos están tomados de *La Iglesia y la Moral*, por F. Laurent:

Lo que dice la Iglesia

El obispo debe tener una vivienda de poco precio; que su mesa y alimentación sean pobres y no pretenda sostener la dignidad del sacerdocio sino por medio de la fe y las buenas obras. (*Concilio de Cartago, 398*).

Lo que hace la Iglesia

El Vaticano, residencia del Sumo Pontífice, no tiene menos de diez mil habitaciones y encierra muchos millones de valor. Fijaos en las mansiones de los obispos y arzobispos de toda la cristiandad. En cuanto á lo demás, todos hacen vida de príncipes.

Lo que dice

Vended todo cuanto poseáis y dadlo en limosnas. Dad á todos los que os pidan. (*Evangelio de San Lucas.*)

Lo que hace

No juzgo razonable que el sacerdote á quien su asignación eclesiástica no deja ningún sobrante, esté obligado á socorrer con sus bienes. (SAN LIGORIO, *Teología Moral*, t. III, pág. 211.)

Lo que dice

Todo cuanto se ha dado á Jesucristo pertenece á la Iglesia y será empleado, exclusivamente, para el sustento de los pobres. (CONCILIO DE NOVELLES, 131).

Lo que hace

Todo cuanto se consagra á Dios pertenece á los sacerdotes; cualquiera que en ello ponga mano es sacrílego, y si persiste en la usurpación sea excomulgado. (CONCILIO DE TOLEDO, *breve de Pto VI.*)

Lo que dice

El obispo no se encargará jamás de la ejecu-

ción de testamentos. (CONCILIO DE CARTAGO, *Cánon 18*, 398.)

Lo que hace

Se declaran nulos los testamentos que no hayan sido hechos á presencia de un sacerdote. (CONCILIO DE TOLOSA, 1129.)

Lo que dice

Que los que quieran desheredar á sus hijos, busquen alguien que quiera recibir sus dones. No me hallarán á mí, y Dios quiera que no encuentren á nadie. (*Palabras de San Agustín.*)

Lo que hace

Un padre puede gastar su fortuna en usos pios, aun con detrimento de la legítima de sus hijos. (SAN LIGORIO, *Teología Moral*, ya citada.)

Lo que dice

No juzgues para no ser juzgado. (EVANGELIO SAN MATEO.) El obispo no pleiteará por intereses materiales aunque fuere provocado á ello. (CONCILIO DE CARTAGO.)

Lo que hace

Es lícito á los jueces eclesiásticos hacer respetar sus sentencias contra los seculares, para la cobranza del producto de sus bienes. (CONCILIO DE TRENTO.)

Lo que dice

A quien os arrebate vuestra hacienda, no se la pidáis dos veces. (EVANGELIO DE SAN LUCAS). Si quieren apoderarse de vuestras tierras, que lo hagan; ninguno de vosotros se oponga. (SAN AMBROSIO.)

Lo que hace

Es lícito á los clérigos y á los religiosos *matar* al injusto agresor de su hacienda. (SAN LIGORIO. *Teología Moral.*)

Por no pecar de pesado desisto de poner más ejemplos; comprendemos que la Iglesia, como todas las instituciones terrenas, tiene más de humana que de divina, pero, ¡por Cristo vivo! debiera marchar un poco más acorde y no *moler* tanto con tanta predicación espiritual, que ni la siente ni la practica.

Después de esto, ¿cómo exigir á Cervantes sea respetuoso con instituciones tan divorciadas del fin para que fueron creadas? Aun sabiendo de lo

que se trataba *no pudo dejar de cumplir con su obligación acometiéndolas.*

Terminemos con la aventura de los enlutados, pues aún nos queda algo por decir. Pesaroso Don Quijote por haber dispersado violentamente á unos sacerdotes, y haber medio descalabrado á uno que iba para clérigo, le dice á Sancho:

«Yo entiendo que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada *juxta illud: Si quis suadente diabolo*, etc. Aunque sé bien que no puse las manos sino este lanzón; cuanto más que yo no pensé que ofendía á sacerdotes, ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino á fantasmas y á vestiglos del otro mundo.»

Por propia experiencia sabía Cervantes que á nada material ni espiritual de la Iglesia podía tocársele so pena de excomuni6n; sin embargo, dice, con increíble desparpajo, *no puse las manos, sino este lanz6n*; y eso porque 6l creía que se trataba de *satanases del infierno*. De haber sabido que era cosa de la Iglesia nada hubiera hecho, añaade, pues la *respeto y adora como cat6lico y fiel cristiano que es*.

A pesar de estar tan patente la contemporizaci6n y socarronería de estas palabras, ellas, y algunas más por el estilo desparramadas en el *Quijote*, han servido de base á algunos incautos para presentarnos á Cervantes como digo en la introducci6n de este libro. No han comprendido que mal podía referirse nuestro autor á la desnaturalizada Iglesia que tan bien conocía y atacaba, sino á aquella otra que 6l no veía por parte algu-

na y deseaba existiera para consuelo de los tristes, para alivio de los desamparados. Como si presintiera que andando el tiempo, algún pobre de *meollo*, habría de interpretar mal sus pensamientos, se apresura á manifestárnoslo con entera claridad, haciéndonos ver, de paso, su absoluta despreocupación en materias eclesiásticas. Dice Don Quijote:

«Y aun cuando eso assi fuesse (se refiere á lo de estar excomulgado), en la memoria tengo lo que le pasó al Cid Rui Díaz cuando *quebró* la silla del embajador de aquel rey delante de su Santidad el Papa, por lo cual lo descomulgó, y anduvo aquel día el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero.»

Lo cual quiere decir, en buen castellano, que, para Cervantes, la excomunión papal y la *carabina de Ambrosio*, si no eran la misma cosa, tenían mucho parecido.

III

El capítulo XLVI nos informa de la reyerta habida en la venta por haber encontrado en ella, Don Quijote, al barbero á quien quitó la bacía por suponerla yelmo de Mambrino. Excuso relatar, por demasiado sabido, lo que allí sucedió; ya sabemos que allí se encontraba un cuadrillero de la Santa Hermandad, el cual, al intervenir en la

pendencia, reconoció á Don Quijote, contra quien traía mandamiento de prisión por la aventura de los galeotes, y alguna que otra calaverada por el estilo. El cuadrillero trata de hacer efectivo el mandamiento; pero nuestro Hidalgo, lejos de darse á prisión, apostrofa al *corchete* de este modo:

«Venid acá gente soez y mal nacida, ¿saltar caminos llamáis el dar libertad á los encadenados, soltar los presos, acorrer á los miserables, alzar los caídos, remediar los menesterosos? ¡Ah gente infame, digna por vuestro bajo y vil entendimiento, que el cielo no os comunique el valor que encierra en la caballería andante, ni os dé á entender el pecado de ignorancia en que estáis en nó reverenciar la sombra, cuanto más la existencia de cualquier caballero andante!»

¡Cuántos comentarios se agolpan á la imaginación ante las ideas que encierra este pasaje! Son de carácter elevado las doctrinas que Cervantes nos muestra en este párrafo que, aun en el siglo xx, resulta su análisis peligroso; por tanto, volvamos á nuestra tarea.

La Santa Hermandad fué creada por los Reyes Católicos en 1476 para perseguir los delitos que se cometieran fuera de poblado, y fué tal el abuso que hizo de sus facultades vejando, atropellando y persiguiendo injustamente, que los pueblos, aterrados, clamaron por su desaparición, prefiriendo hárselas con bandoleros y demás gente maleante. De sus demasías dan una idea las palabras de Don Quijote, ya citadas, y las que, para mayor claridad, sigue diciendo al cuadrillero:

«Venid acá, ladrones en cuadrillas, que no cuadrille-

ros; salteadores de castillos con licencia de la Santa Hermandad, etc. etc.»

He aquí otro ejemplo como el del libro titulado *El Caballero de la Cruz*; apesar de la *santidad* de la tal Hermandad, Cervantes no vacila en censurarla y poner al descubierto sus crímenes y vicios; su pluma, puesta siempre al servicio de la verdad y la justicia, es una catapulta que derriba los elevados murallones del privilegio y la iniquidad...

Estamos frente á la procesión de los disciplinantes, de cuyo encuentro con Don Quijote nos da detalles el capítulo LIV:

«Era el caso que aquel año habían las nubes negado su rocío á la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacían procesiones, rogativas y disciplinas, pidiendo á Dios abriese las manos de su misericordia y les lluviese; y para este efecto la gente de una aldea que allí junto estaba, venía en procesión á una devota ermita que en un recuesto de aquel valle había.»

Nuestro Hidalgo ve la procesión con sus clérigos y disciplinantes, ve que conducen en andas una imagen de la Virgen vestida de negro y como siempre le acontecía, cree que todo aquello es una tropa de malandrines cautivadores de alguna alta princesa; así que, dejándose llevar de su loca fantasía, parte á todo correr de Rocinante, dispuesto á enderezar aquel supuesto entuerto. El pobre Sancho, viendo en el fregado que se metía su amo, le grita para detenerlo:

«¿A dónde va, señor Don Quijote? ¿Qué demonios lleva en el pecho que le incitan á ir contra nuestra fe católica? Advierta, malhaya yo, que aquella es procesión de disciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana

es la imagen benditísima de la Virgen sin mancilla; mire, señor, lo que hace, que por esta vez se puede decir que no es lo que debe.»

Don Quijote no hace caso de las prudentes razones de su escudero, llega á la procesión y encarándose con los que la forman, «con turbada y ronca voz dijo:»

«Vosotros que quizás por no ser buenos os encubris los rostros, atended y escuchad lo que deciros quiero.»

Los disciplinantes le contestan que no están para perder el tiempo, pero si lo que tiene que decirles lo hace en dos palabras, puede hacerlo:

«En una lo diré, replicó Don Quijote, y es esta; que luego al punto dejéis libre á esa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la lleváis contra su voluntad, y que algún notorio desaguisado le habedes fecho: y yo, que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante passe, sin darles la desseada libertad que merece.»

Lo que pasó después ya lo sabemos; como *aquella tropa* y Don Quijote *no podían* llegar á un acuerdo, sobrevino el conflicto. Nuestro Hidalgo arremete á los disciplinantes, éstos se defienden y, uno de ellos, dió tal garrotazo al pobre Caballero, que por muerto lo dejaron en el suelo. Seguidamente se dispersaron creyendo que habían matado á Don Quijote: ¡necia suposición; lo que es inmortal no puede morir! Pero aunque, en realidad, lo hubiesen matado, no hay por qué extrañarse; la pena estuvo en relación con el delito. Pues qué; ¿no pecó Don Quijote de imprudencia rayana en temeridad? Cierto que no estaba en su juicio, pero el loco *por la pena es cuerdo*. Ahí es

nada: ¡querer destruir en un periquete lo que aquella procesión simbolizaba; *la ignorancia, superstición, idolatría* y demás *virtudes*, no teologales, amparadas y cobijadas bajo el manto de la Iglesia Católica!

Sin duda no oyó lo que Sancho le decía: «¿qué demonios lleva en el pecho que le incitan á ir contra nuestra fe católica?» Ni cuando, desesperado, en vista de su terquedad, le repetía: «mire señor lo que hace etc. etc.» y aun cuando lo hubiese oído ¿no había nacido él *para desfacer semejantes agravios?*

Nuestro Hidalgo cumplió con lo que debía, haciendo lo que hizo; y los otros tampoco hicieron nada extraordinario dejándolo por muerto de un garrotazo; los poderes tiránicos siempre respondieron de igual manera á los que han clamado por su desaparición. Sin embargo, sólo á un *loco* puede ocurrírsele lo que pretendía Don Quijote. ¿Concebís que á un cojo, que no pudiera andar sin la ayuda de las muletas, le quitaran éstas para que anduviese mejor? Pues tal era, de quimérico, el deseo del Héroe Manchego; y no es que le faltara razón, no señor; la Historia nos va á decir, ahora mismo, que le sobraba por la punta de su lanza...

Los árabes despertaron el amor á la ciencia y practicaron la tolerancia religiosa; la Iglesia Católica reprueba lo uno y extermina á los que no comulguen en sus creencias. Los árabes españoles llenaron la Península de bibliotecas y sólo

una de ellas, la de Córdoba, tenía más de 600.000 volúmenes. En cambio, el Cardenal Cisneros, que pasó por uno *de los mejores en su clase*, entregó á las llamas más de 100.000 manuscritos, «como si no hubiera en las bibliotecas, dice un historiador, más que copias del Korán».

«Borrad los árabes de la Historia, dice otro, y el renacimiento de las letras se retardará muchos siglos en Europa», y añade un tercero: «No es culpa de la Iglesia si los árabes no han sido borrados de la Historia y las letras con ellos.»

Los cruzados se apoderan de Constantinopla en los comienzos del siglo XIII, y lo primero que hacen, instigados por los monges, es saquear y quemar las bibliotecas. Algunos manuscritos que se salvaron de la quema, fueron después arrojados al fuego por orden de los obispos. Tal le sucedió á la *Metafísica* de Aristóteles, traducida al latín, que fué quemada por orden de un Concilio en París, prohibiendo, además, que se conservara ni un ejemplar, ni una traducción.

En el siglo XI, Vilgarde y sus discípulos son quemados en Rávena por orden del obispo; otros son asesinados por el populacho en Cerdeña. ¿Delito? Según Laurent, *haber evocado el demonio de Horacio y de Virgilio*.

¡Nada de luz, nada de saber!, ¡guerra al progreso y vivan la superstición, el fanatismo y la ignorancia, sin cuyos aliados no podemos vivir, grita, en todos los tiempos, la Iglesia Católica! Vosotros, los poetas Palingenius, Durand, Cecco

d'Ascoali, Pedro Petit... ¡á la hoguera!; y tú, Dante, el más grande poeta de Italia, ¡á escribir humillado el *Credo* con la misma mano que flagelastes á los Papas y escribistes tus ansias de ventura patria. ¡Vosotros, historiadores y pensadores como Silvestre de Florencia, Savonarola, Giordano Bruno, Zuinglio, Arnaldo de Brescia!, á la hoguera también; ó á morir desterrados y perseguidos, como Ariosto, El Tasso, Maquiavelo, Bonfaduio, Giannone, Galileo y cien más que es imposible recordar.

En cambio, recibid mis plácemes y decidida protección, licenciado Agnuolo Firenzuola, indico Bibbiena, obscenísimo Aretino, vosotros sí, que, con vuestras desvergüenzas é inmoralidades, afirmáis la fe y pobláis los cielos de elegidos...

La medicina también es perseguida con increíble crueldad; hay necesidad de su exterminio, pues con sus enseñanzas puede dar al traste con milagros, amuletos, y demás superchería religiosa. Apono, médico eminente de Bolonia, es acusado, en el siglo xiv, de hechicero y muere en la prisión á los ochenta años de edad. Después de muerto, arrojan su cuerpo á la hoguera. El ilustre Ambrosio Paré también es acusado, y escapa á la degollina de *la noche de San Bartolomé*, por que el imbécil Carlos IX no se fía de otro médico é intercede por él. Pointet es condenado al fuego y, porque rehusa arrodillarse ante una imagen, le cortan la lengua antes de quemarlo. Al

sabio Vanini le pasa lo mismo, le cortan la lengua y es arrojado al fuego en Tolosa. Vesalius también es quemado vivo; Carpi, perseguido; Vau Helmont tachado de loco...

¿A qué seguir relatando esta serie de crímenes tan odiosos y repugnantes? A mediados del siglo xv, unos cuantos hombres, amantes de la cultura, fundan en Roma una Academia; el Papa Paulo II prende á sus fundadores, y les inflige tormentos tan atroces que la mayor parte mueren de las resultas. Por si esto era poco, el *santo padre* declara hereje á todo el que se atreva á pronunciar la *horrenda* palabra de *academia*.

Veamos, ahora, el método, *verdaderamente cristiano*, puesto en práctica por el Concilio de Malinas (año 1607), para la enseñanza del Catecismo:

«Se obligará á los padres pobres por la privación de la limosna; y á los acomodados por otras penas, á enviar sus hijos á la doctrina.»

Siempre lo mismo; nada de persuasión y caridad; á los pobres obligarlos por hambre y á los acomodados otras penas más ó menos *suaves*.

Examinemos la doctrina impuesta por tan bárbaros medios; tal vez su bondad y necesidad justifiquen los rigores mencionados. Dice el célebre Catecismo de Malinas:

«Pregunta. — ¿Qué virtudes tienen los *agnus Dei*, los cirios, las palmas y los demás objetos bendecidos por la Iglesia? Respuesta. — La de atraer sobre nosotros las bendiciones del Cielo, apartándonos de los lazos del enemigo; librarnos de las centellas, granizos, enfermedades y toda clase de mal. Pregunta. — ¿Qué virtudes tiene el agua ben-

dita? Respuesta.—El agua bendita espanta al demonio, atrae sobre nosotros las bendiciones del cielo (y van dos), prepara nuestra alma para la oración, y, finalmente, nos preserva de todo mal para el alma y *para el cuerpo.*»

El paréntesis y lo subrayado del último párrafo es cosa mía, dicho sea *en honor* del Catecismo...

Verdaderamente, pasma y asombra la estulticia de la Iglesia; ¿cómo pudo figurarse que la inteligencia humana había de darse por satisfecha con la creencia en las pueriles y ridículas majaderías que quedan relatadas? ¿Cómo pudo ni concebir siquiera que los pueblos habían de limitar sus ansias de saber á círculo tan pequeño, á horizontes tan estrechos y mezquinos? Es para reirse, si no nos impusieran silencio y respeto las infelices víctimas inmoladas en aras de ideales tan estúpidos y sanguinarios. ¡Ya sabéis, agricultores y ganaderos lo que la Iglesia os enseña! Si una plaga ó epidemia destruye vuestras cosechas y ganados, nada de remedios científicos; comprar *agnus dei* y palmas bendecidas; cubrid con esto vuestros campos y ganados y estáis salvados. Si hay tormenta y probabilidades de que un rayo os haga *la pascua*, no acudáis á las conquististas de la ciencia impía, invocad á San Donato ó Santa Bárbara y ellos os preservarán de todo riesgo. Si hay granizadas, tocar las campanas y encended cirios á la Virgen para ahuyentarlas. Si os duelen las muelas y tenéis á la mujer con un parto difícil, ¡al diablo con los médicos! Santa Apolonia y San Ramón Nonnato os sacarán

del apuro en un periquete, con sólo invocar sus nombres. Si el agua no humedece vuestras agostadas sementeras, sacad en procesión cualquier imagen *bendita* y acribilláos el cuerpo á disciplinazos; podrá ser que el *santo rocío* no baje á vuestros campos; pero en cambio brotará la sangre de vuestras martirizadas espaldas, ofrenda, la más grata, si no á los ojos de Dios, á los de su *amantísima* hija la Iglesia católica, según queda demostrado. Y así estamos y así continuamos; después de más de trescientos años de lo dicho por Cervantes; aún hace falta un Quijote en cada esquina, armado de todas armas, si es que hemos de ver algún día rotas y dispersas las huestes teocráticas que nos envilecen y esclavizan, y á esta pobre nación, caminando, sin obstáculos, por la ancha y luminosa vía del progreso.

IV

Hemos terminado el ojeo de la primera parte del *Quijote*. Veamos si la segunda nos proporciona ocasión de alargar, un poco más, estos renglones. Hidalgo y escudero caminan hacia El Toboso, en demanda de Dulcinea, y entretienen el ocio del camino en sabrosa y amena conversación; oigámosles. Hablan del nuevo y falso Qui-

jote compuesto por un *Tal de Avellaneda* que ya corría impreso por el mundo, y Sancho se lamentaba de que el nuevo autor pudiera tratarle mal por desconocimiento de su persona; aunque, á poco, se tranquilizaba, pues tenía conciencia de su bondad, de su poca valía, y sobre todo, de que no tenía bienes de fortuna que envidiar.

Además,

«y cuando otra cosa no fuera sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la Santa Iglesia Católica Romana, y el ser enemigo mortal de los judíos, debieron los historiadores tener misericordia de mí y tratarme bien en sus escritos, etc., etc.»

No hay más remedio que hablar así, prudente Sancho; bueno es, de cuando en cuando, un alarde de religiosidad, que nuestra *Santa Madre* acecha y no conviene exponerse á sus *maternales* caricias; además, tú no estás obligado á poseer el indomable valor de tu amo y señor; haces bien en declararte católico apostólico romano, y, sobre todo, *enemigo mortal de los judíos*.

¿No consideráis, por estas palabras de Sancho, el inmenso dolor de Cervantes, al verse obligado á contemporizar con aquella bárbara é impolítica medida que expulsó de España á los judíos? Hagamos un poco de historia y se comprenderá mejor la indignación, tanto de Cervantes como de la parte ilustrada de la nación, ante el hecho brutal que sólo atraso y miseria nos produjo.

Al fundarse la Inquisición en España, decía

su fundador, y primer inquisidor (el tristemente célebre fray Tomás de Torquemada) que era muy necesaria «por la mucha cizaña mezclada entre el grano de la fe, por la malicia del enemigo, por el comercio con gente judáica y mahometana y por el mucho desorden de los reinados precedentes».

Débiles ó fanáticos los Reyes Católicos, dieron oídas á las descabelladas razones del sanguinario fraile, y el odioso tribunal quedó establecido. Como los judíos, ó sea la *cizaña*, no se sometían á los tiránicos preceptos que la Iglesia les impuso, y además eran envidiados por la leyenda ó la realidad de sus considerables riquezas, la Iglesia y el Estado pusieron de acuerdo para limpiar la nación de tanta podredumbre espiritual, si bien quedaron conformes en que dejaran aquí la despreciable *basura* de sus riquezas materiales.

Consecuencia de esto, fué la *cariñosa advertencia* que, á poco de establecido el *santo* tribunal, recibieron los judíos de “convertirse á la fe cristiana, ó salir de España en el término de cuatro meses, sin poderse llevar oro ni plata“. Despojo más inícuo y escandaloso no registra la Historia; y fué la Iglesia la causante de tamaña iniquidad; esa Iglesia instituída por Cristo, ¡el redentor y salvador del género humano!

Dice un historiador que hubo familia que dió una viña por un pedazo de tela para cubrirse, y una casa por un caballo para huir. Casi todos se fueron, huyendo de este infierno; los po-

cos que quedaron, unos, debieron la vida á humillaciones sin cuento y á la pérdida de sus bienes, traspasados á sus verdugos; y otros perecieron, entre horribles tormentos, por no avenirse ni á lo uno ni á lo otro. Más de ciento setenta mil familias abandonaron el patrio suelo, quedando mermada la población y la industria en ruinas, de cuyo quebranto aun hoy día se resiente.

Tal fué el resultado de tan *sabia y caritativa* disposición. Todo este capítulo VIII, que vamos analizando, es interesante y altamente educativo, pero por no hacer esta labor, quizás un poco larga, dejo de comentar como se merece la discreta plática habida, camino del Toboso, entre hidalgo y escudero. Sin embargo, pondremos de relieve la sutil ironía de Cervantes y el tremendo fanatismo de la época, copiando algunos trozos más de tan amena conversación. Departiendo sobre las diversas maneras que de alcanzar fama hay en el mundo, decía Sancho á Don Quijote:

— «¿Qué es más, resucitar á un muerto ó matar á un gigante?—La respuesta está en la mano, respondió Don Quijote; más es resucitar á un muerto.—Cogido le tengo, dijo Sancho; luego la fama del que resucita muertos, endereza los cojes, y da salud á los enfermos, y delante de sus sepulturas arden lámparas, y están llenas sus capillas de gentes devotas que de rodillas adoran sus reliquias, mejor fama será para este y el otro siglo, que la que dejaron y dejaren cuantos emperadores gentiles y caballeros andantes ha habido en el mundo. También confieso esa verdad, respondió Don Quijote.—Pues esta fama, estas gracias, estas prerrogativas, como llaman á esto, respondió Sancho, tienen los cuerpos y las reliquias de los santos que, con aprobación de nuestra Santa Madre Iglesia, tie-

nen lámparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelle-
ras, ojos y piernas, conque aumentan la devoción y engran-
decen su cristiana fama. Los cuerpos de los santos ó sus
reliquias llevan los reyes sobre sus hombros, besan los pe-
razos de sus huesos, adornan y enriquecen con ellos sus
oratorios y sus más preciados altares.—¿Qué quieres que
infiera, Sancho, de todo lo que has dicho?, dijo Don Qui-
jote.—Quiero decir, dijo Sancho, que nos demos á ser san-
tos y alcanzaremos, más brevemente, la buena fama que
pretendemos; y advierta, señor, que ayer ó antes de ayer
(que según ha poco se puede decir de esta manera), cano-
nizaron ó beatificaron dos frailecitos descalzos, cuyas ca-
denas de hierro conque ceñían y atormentaban sus cuer-
pos, se tiene ahora á gran ventura el besarlas y tocarlas;
y están en más veneración que está, según dije, la espada
de Roldán en la armería del rey, nuestro señor, que Dios
guarde. Así que, señor mío, más vale ser humilde fraileci-
to de cualquier orden que sea, que valiente y andante ca-
ballero; más alcanzan con Dios dos docenas de disciplina-
zos que dos mil lanzadas, ora las den á gigantes, ora á ves-
tiglos ó á endriagos.»

Sin querer caímos de cabeza en lo que que-
ríamos evitar; no ser prolijos copiando demasia-
do; pero yo espero que mis lectores sabrán per-
donarme tan ligera falta, porque ¿qué iba yo á
decir, ni qué crítica hacer, que no resultase pá-
lida y desaliñada ante la clara, razonada y ma-
gistral que hace Cervantes por boca del discretí-
simo Sancho?

De vivir en nuestra época, no se hubiera ex-
trañado nuestro autor de lo que pusieron de ma-
nifiesto los inventarios de templos y catedrales en
la república francesa hace poco tiempo. *Ocho bra-
zos de San Blas, otros ocho de Santa Teresa, die-
ciocho de Santiago, sesenta dedos y veinte man-
dibulas de San Juan Bautista, seis... glándulas*

mamarias de Santa Agueda, *una pluma* de un ala del arcángel San Gabriel, *una gota de leche* de la Virgen María, y... hasta *el aliento* de Jesucristo en un relicario.

Todo esto le era familiar y conocido á Cervantes, según el mismo nos demuestra, pues su tiempo fué la época, por excelencia, de la superchería religiosa:

«Fué entonces cuando comenzaron á turbarse las conciencias y cuando la Iglesia, y más particularmente los frailes, principiaron apoderándose de las casas, conquistando todos los castillos interiores, domeñando á la empobrecida y trémula sociedad, que al perder la alegría, desterrada de España por las negras voces de los predicadores biliosos, perdió la confianza en sí misma y en la ayuda que Dios prestó antes y presta siempre al individuo que en sí propio tiene fe, sin valerse de intermediarios y co-reveidiles.»

Este párrafo y el que sigue que complementa la pintura de la época descrita por Cervantes en el precedente discurso de Sancho, son de Navarro y Ledesma en su obra *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*:

«Verificábase entonces uno de estos aterradores recuentos de fuerzas que á la devoción española y á los múltiples intereses enlazados con ella place realizar de vez en cuando. En Madrid la Corte, y devoto hasta el extremo el rey, que sólo para devoto servía, y ya había encontrado el único empleo posible á su inutilidad y la única favorable ocasión de ostentarse en público, haciendo que hacía algo fuera de fiestas y funciones profanas, devoto se hizo Madrid; y á la beatitud y gazmoñería comenzaron á entregarse las personas de viso, primeramente; después, aquellas otras que imitarlas querían, y luego toda la medianía social, la burguesía creciente, como se ha dicho. Aquí y allá, en iglesias y conventos, surgieron nuevas congrega-

ciones, cofradías y piadosas juntas, cuyos cargos ocupaban la vanidad de los señores, señorones y señoritos que, como el rey, no servían para otra cosa. Era muy elegante ser de estas juntas: muchos sietemesinos y petimetres se alistaban en ellas por aquello de lucir en las novenas y procesiones y llamar la atención de las damas y cortesanas, á quienes no suele disgustar un poco de tufillo á cera y á incienso en sus adoradores.»

¿Me habré equivocado al copiar lo que antecede y estaré haciendo una pintura de principios del siglo xx, no siendo esa mi intención? Aunque así lo parezca estoy seguro de referirme á los tiempos de Felipe III. De lo que *aquello* sería, da idea la noble confesión de un religioso, Fray Luis de Miranda, quien decía:

«La ruina y destrucción de España es inminente si con presteza no se acude al remedio.»

Veamos por qué decía esto este contemporáneo de Cervantes, verdadero *mirlo blanco* de los monacales:

«Por la muchedumbre de hacienda que de secular se está convirtiendo en eclesiástica, y por las innumerables personas que, por sus fines particulares, de seglares se hacen religiosos, sin haber de ello necesidad, antes con daño de la misma religión.»

Descubrámonos ante la honradez de este ilustre religioso, ya que de ello se presentarán pocas ocasiones. Otro religioso, de igual contextura moral que el ya citado, Fray Angel Manrique, decía alarmado ante el excesivo crecimiento de las Ordenes monásticas:

«No hay villa en que el número de conventos no se haya triplicado en los últimos cincuenta años (tiempos, en los que vivió Cervantes), al mismo tiempo que la pobla-

ción ha decrecido en una proporción más rápida todavía; Burgos que contaba 7.000 hogares, cuenta sólo 900; León que tenía 5.000 se ha reducido á 500. Las ciudades están despobladas; la villas siguen el camino de las ciudades, y las riquezas de la Iglesia se acrecientan á medida que declinan las del país.»

Hasta las ya inútiles Cortes de Castilla se creyeron en el caso de llamar la distraída atención del rey hacia tan desastrosa situación:

«Un siglo más, le decían, y España se despoblará; no tendremos ni piloto para salir del reino.» (?)...

No, no me refiero á la época actual, malicioso lector; ahora, si la cosa no tiene pronto remedio, pueden cumplirse los presentimientos de las Cortes Castellanas en mucho menos tiempo. Creo que el lector se habrá dado perfecta cuenta de lo que Cervantes quería darnos á entender con la plática de amo y criado camino del Toboso.

Por el capítulo IX nos enteramos de que Don Quijote y Sancho llegaron á la citada población, y de que ambos buscan con afán el imaginario Alcázar, morada de Dulcinea. Es una de esas noches entreclaras y Don Quijote marcha delante avizorando todos los edificios por ver si encuentra la mansión de su amada:

«y habiendo andado como doscientos pasos dió con el bulto que hacía la sombra y vió una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era Alcázar, sino la iglesia principal del pueblo y dijo: «con la iglesia hemos dado, Sancho.—Ya lo veo, respondió Sancho, y plega á Dios que no demos con nuestra sepultura.»

¡Infeliz y siempre equivocado Caballero! Buscando el Alcázar, morada del ideal, no lo encuentra; en cambio *“con la iglesia hemos dado, San-*

cho.“ Es decir, hemos dado con lo que no buscábamos ni quisiéramos encontrar; con la eterna entrometida, con el enemigo secular que, cual si nuestro fantasma, se nos aparece en todas las andanzas de nuestra vida; con la odiosa pesadilla que entenebrece nuestros sueños de redención y libertad... La aversión que en todo tiempo ha inspirado la teocracia y con mayor motivo en la época de su absoluta dominación, está sintetizada de admirable manera en la medrosa contestación de Sancho:

«...Y plega á Dios que no demos con nuestra sepultura...»

V

El capítulo XII nos informa del gracioso lance ocurrido á hidalgo y escudero con los cómicos del Carro de la Muerte. Todos sabemos lo ocurrido; por tanto, *pasemos* por alto el relato de las escenas que sucedieron y vengamos al momento en que, ya solos, comentaban el suceso Sancho y Don Quijote.

Quejábase Sancho de la poca ganancia habida en tal aventura, y Don Quijote le decía que por culpa suya no había despojado á aquella gente de sus cetros y coronas; pero á esto le respondió el discreto escudero:

«Nunca los cetros y coronas de los emperadores far-
santes fueron de oro puro, sino de oropel ó hoja de lata.»

¡Ah Sancho discreto; Sancho filósofo; cómo se conoce con quién andas! *No con quien naces, sino con quien paces*, como tú solías decir... Pero oigamos lo que te dice tu señor acerca de cómi-
cos y farándulas:

«¿No has visto tú representar alguna comedia, á don-
de se introducen reyes, emperadores y pontífices, caballe-
ros, damas y otros diversos personajes? Unos hacen el ru-
fián, otro el embustero, éste el mercader, aquél el solda-
do, otro el simple discreto, otro el enamorado simple, y
acabada la comedia, y desnudándose de los vestidos della,
quedan todos los recitantes iguales.—Sí he visto, respon-
dió Sancho.—Pues lo mismo, dijo Don Quijote, acontece
en la comedia y trato de este mundo, donde unos hacen
los emperadores, otros los pontífices, y finalmente todas
cuantas figuras se pueden introducir en una comedia; pero
en llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, á todos
les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y que-
dan iguales en la sepultura.»

¿Será posible que haya habido escritores tan
menguados que hayan confundido, ó querido con-
fundir, á Cervantes con un escritorzuelo vulgar
y adocenado? ¿Pues dónde han visto esos... tales,
filosofía más humana ni percepción más clara, de
las realidades de la vida, que las que se despren-
den del discurso puesto en boca de Don Quijote?

Porque hay que decirlo muchas veces para
que nadie alegue ignorancia cuando de nuestro
autor se trate: Cervantes no sólo ha sido el es-
critor más grande que ha producido la tierra es-
pañola, sino que ha sido *mucho más* que todo eso,
con no ser eso tan poco. Dice Navarro y Ledes-
ma en su ya citada obra:

«Todos ellos declararon haciendo los mayores elogios de Miguel en la información que éste pidió á frai Juan Gil acerca de su conducta en el cautiverio para deshacer los calumniosos é infames enredos de Juan Blanco de Paz. En sus declaraciones habladas y en la escrita por el excelente Doctor Antonio de Sosa, como en la firmada por el propio frai Juan Gil, que elocuentísimamente confirma los anteriores testimonios, hay algo más que la conciencia de que se declara por atestiguar una verdad sabida; hay una admiración, un respeto y un amor á Cervantes, que difícilmente volveremos á encontrar en sus contemporáneos. Casi ninguno de aquellos sujetos de buena fe, soldados, oficiales de ocupación manual y religiosos, sabía si Cervantes era ó había de ser escritor. Todos, sin embargo, le amaban *como hombre*, sin ninguna otra consideración, y se tenían por muy honrados en confesar que aquel *Hombre* era el más grande que ellos habían conocido. Este es un documento de tremenda y conmovedora eficacia, en el que no cabe engaño. No es posible leerle sin que el alma se llene de la bella y humana satisfacción que nos causa el ver confirmado por hombre buenísimo á quien teníamos ya por genio.»

Insensiblemente me he desviado de *mi ruta*; querer deducir una sola consecuencia de las páginas de un libro que tan abundante y variado es en ellas, es tarea poco menos que imposible; séame permitido este paréntesis en mi análisis anticlerical, siquiera sea en honor á las causas que lo motivaron.

Prosigamos. Caminaban á la ventura y sin saber dónde pasar la noche hidalgo y escudero (Capítulo XXIV), cuando un caminante, que á ellos se incorporó, les dijo que no lejos de aquel sitio se encontraba una ermita donde cómodamente podrían pasar la noche, pues el ermitaño era persona muy buena y compasiva:

«¿Tiene por ventura gallinas el tal ermitaño?, preguntó Sancho.—Pocos ermitaños están sin ellas, respondió Don Quijote, porque no son los que ahora se usan como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestían de hojas de palmas y comían raíces de la tierra. Y no se entienda que por decir bien de aquellos no lo digo de aquestos, sino que quiero decir que al rigor y estrechez de entonces no llegan las penitencias de los de ahora, etc., etc.»

Es tan manifiesta la zumba de Cervantes en este pasaje, que huelgan los comentarios; además, cada lector puede hacer por sí los que quiera, pues entre aquellos ermitaños, de los que tan donosamente se burla Don Quijote, y los que el lector pueda conocer, hay poca diferencia.

Henos en el capítulo XXX, donde Cervantes nos cuenta el encuentro de Sancho y Don Quijote con los duques, y el recibimiento espléndido y ceremonioso que éstos le hicieron en su palacio. Después de cómodamente instalados nuestros dos aventureros, les prepararon un suntuoso banquete y el duque y la duquesa salieron en busca de Don Quijote para acompañarlo á la mesa con toda pompa y solemnidad.

Avistáronle y salieron á su encuentro; acompañan á los duques

«un grave eclesiásto destes que gobiernan las casas de los príncipes; destes que, como no nacen príncipes no aciertan á enseñar como lo han de ser los que lo son; destes que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus ánimos; destes que queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados, les hacen ser miserables. Destos tales digo que debía de ser el grave religioso que con los duques salió á recibir á Don Quijote.»

Pintura más acabada del religioso dominante,

estulto, entrometido y tacaño, imposible. Poned este tipo frente á Don Quijote, su antípoda moral y el choque es inevitable. Efectivamente, fueron tales los ridículos aspavientos del clérigo ante la manera de ser de Don Quijote, tan groseras é impertinentes las razones con que se mofó de lo que *en sí es y encierra la andante caballería*, que nuestro Hidalgo “sin guardar respeto á los duques, con semblante airado y alborotado rostro, se puso en pie y le dijo...” He aquí, según leemos en el capítulo XXXII, lo que el enojado caballero contestó al clérigo descortés:

«El lugar donde estoy y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuesa merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo; y así por lo que he dicho, como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mismas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mía en igual batalla con vuesa merced, de quien se debía esperar antes buenos consejos que infames vituperios. Las reprehensiones santas y bien intencionadas, otras circunstancias requieren y otros puntos piden; á lo menos el haberme reprendido en público y tan ásperamente, ha pasado todos los límites de la buena reprensión, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza; y no es bien sin tener conocimiento del pecado que reprende, llamar al pecador, sin más ni más, mentecato y tonto.»

Continúa Don Quijote su discurso reprendiendo al clérigo sus desconsideradas maneras y falta de educación, y entre otras cosas le dice:

«Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta irreparable; pero de que me tengan por sándio los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no me da un ardite: caballero soy, y caballero he de morir si place al Altísimo; unos van por el ancho

campo de la ambición soberbia, otros por el de la adulación servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda pero no la honrra...»

Por último, el ofendido Caballero termina así su justificada protesta:

«Mis intenciones siempre las enderezo á buenos fines, que son los de hacer bien á todos y mal á ninguno; si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas Duque y Duquesa excelentes.»

Ha sido necesario copiar casi íntegro este pasaje, para que el lector se dé cuenta mejor de lo que viene después. Al terminar su discurso Don Quijote, el clérigo, molesto y sin saber qué responder, abandonó la estancia echando pestes de cuantos en ella se encontraban. Es tan interesante la conversación que sostuvieron los duques con Don Quijote, al verse libres de la importuna presencia del cura, que de buena gana la copiaría, pues puede decirse que viene á ser el complemento de lo que dejamos relatado; mas no siendo mi objeto copiar literalmente la obra de Cervantes, puede el lector que tenga gusto en ello, acudir al citado capítulo de el *Quijote*, en la seguridad de que pasará un buen rato en su lectura.

Cervantes se queja, por boca de Don Quijote, de aquellos eclesiásticos que tan mal le trataron en su vida. A los que algo tenía que agradecer les dedica el parrafo del discurso que dice: "...y algunos por el de la verdadera religión..." Se que-

ja de aquel infame fraile que, con su traición, fué causa de que se frustrara su evasión y la de sus compañeros, del cautiverio de Argel, del que dice un historiador:

«El Judas había sido un fraile dominico, extremeño, natural de Montemolín, junto á Llerena, el cual se hacía llamar el doctor Juan Blanco de Paz y decía ser comisario y familiar del Santo Oficio. Este hombre execrable, que ya tiene bastante castigo con que su nombre lo conserve la Historia, delató el plan de Miguel, confiándoselo á un renegado florentino llamado Caiban, el cual se lo dijo al rey Azan-bajá.»

Se queja del clérigo Francisco Palacios, hermano de su mujer, quien lejos de socorrerlo y ampararlo en sus muchas necesidades, influye con su hermana para que desherede á Cervantes de la parte más saneada de sus bienes, é instituya heredero de ellos «al clérigo Francisco Palacios, dice un escritor, que durante su vida, según se colige, se había aprovechado de todas aquellas fincas y no quería que, en caso de morir su hermana, pasasen á su cuñado, el de las manos rotas».

Se queja del cura Bartolomé Leonardo de Argensola, mal amigo, prometedor engañoso, que habiéndole hecho concebir la esperanza de un alegre y plácido bienestar al lado del conde de Lemos, en Nápoles, le olvidó envidioso, temiendo que la superior inteligencia de Cervantes lo anulara en el favor y privanza del referido prócer...

Se queja, según un ilustre cervantista, del clérigo Lope de Vega, del fraile Andrés Pérez, del jesuíta Gracián, del dominico Aliaga... y de

muchos más, que sólo tuvieron para él burlas, desprecios y desdenes.

Se queja, en fin, de la Iglesia; del poder eclesiástico, que no pudiendo destruir una obra que, torpe é incauto, dejó pasar y correr por todo el mundo, azuzaba ahora sus corifeos contra el pobre autor para matarlo moral y materialmente á fuerza de disgustos y pesadumbres...

Como dice el tantas veces citado Navarro y Ledesma al hablar de la perfidia del clérigo su cuñado:

«Aquel testamento suyo era otro aguijonazo que la sociedad correcta, la sociedad hipócrita, la sociedad ordenada, burguesa, devota, enemiga de heroísmos, pegaba en el corazón donde anidaba el espíritu de las caballerías, atacándole jesuíticamente, arteramente al bolsillo, desvaliéndole en la ancianidad, abandonándole á sus propias fuerzas, no sospechando que con ellas podía forjar y tenía ya en la forja nuevos aceros para combatirla.»

Creo que el lector se habrá dado cuenta de lo justificadas que estaban las palabras de Don Quijote, ante las impertinencias del soberbio y descortés eclesiástico que nangoneaba en casa de los duques.

VI

El capítulo LIV nos cuenta que yendo Sancho, hecha *renuncia* del gobierno de la Insula, á casa

de los duques para reunirse con su amo, que aún permanecía en ella, encontró en el camino á unos cuantos peregrinos. Uno de ellos se adelantó á saludar á Sancho, puesto que lo conocía, pero nuestro hombre no dió muestras de reconocer á tal sujeto, lo que observado por el peregrino fué causa de que éste le dijera:

«Cómo, ¿y es posible Sancho Panza hermano, que no conozcas á tu vecino Ricote el morisco, tendero de tu lugar?»

Por fin Sancho le reconoce y le dice:

— «Dime: ¿quién te ha hecho franchote, y cómo tienes atrevimiento de volver á España, donde si te cogen y conocen, tendrás hasta mala ventura?»

Ricote le dijo que en guisa de peregrino nadie le conocería; y cuanto á él, á Sancho, tenía la seguridad de que no había de delatarle; por tanto, si no llevaba prisa, podían apartarse un poco del camino y almorzar tranquilamente, y así, le dijo:

«...tendré lugar de contarte lo que me ha sucedido después que partí de nuestro lugar, por obedecer el bando de su majestad, que con tanto rigor á los desdichados de mi nación amenazaba, según oistes.»

Después del almuerzo, y mientras los demás peregrinos dormían un poco, Ricote prosiguió de esta manera:

«Bien sabes, oh Sancho Panza, vecino y amigo mío, cómo el pregón y bando que su majestad mandó publicar contra los de mi nación puso terror y espanto en todos nosotros: á lo menos en mí lo puso de suerte que me parece que antes del tiempo que se nos concedía para que hiciésemos ausencia de España, ya tenía el rigor de la pena ejecutado en mi persona y en la de mis hijos. Ordené, pues, á mi parecer como prudente (bien así como el que

sabe que para tal tiempo le han de quitar la casa donde vive, y se provee de otra donde mudarse), ordené, digo, de salir yo sin mi familia de mi pueblo, é ir á buscar donde llevarla con comodidad, y sin la priesa con que los demás salieron; porque bien vi y vieron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran solo amenazas, como algunos decían, sino verdaderas leyes, que se habían de poner en ejecución á su determinado tiempo; y forzábame á creer esta verdad, saber yo los ruines y disparatados intentos que los nuestros tenían, y tales, que me parece que fué inspiración divina la que movió á su majestad á poner en efecto tan gallarda resolución, no porque todos fuésemos culpados, que algunos había cristianos y verdaderos: pero eran tan pocos, que no se podían oponer á los que no lo eran, y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo á los enemigos dentro de casa.»

Sigue Ricote lamentando, con sentidas razones, las desgracias y penalidades de los moriscos expulsados y continuando el relato de su éxodo, dice:

«Pasé á Italia, llegué á Alemania, y allí me pareció que se podría vivir con más libertad, porque sus habitantes no miran en muchas delicadezas; cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte de ella se vive con libertad de conciencia.»

El relato del morisco Ricote, es uno de los pasajes más sangrientamente irónicos del *Quijote*; la pluma de Cervantes destila pena y amargura al trazar esos renglones; su corazón henchido de justa indignación se desborda en oleadas de sollozos ante la tremenda injusticia que envuelven las palabras del infeliz morisco.

Desde los tiempos de los Reyes Católicos y siguientes, veníase persiguiendo atrozmente á estos desgraciados; sus justísimas sublevaciones eran ahogadas en mares de sangre; pero ni aun

Felipe II se había atrevido á dictar una expulsión, que de haberse llevado á cabo, reciente la de los judíos, hubiera sido la total ruina de la nación. Estaba reservada tan bárbara medida al *piadoso* Felipe III; á aquel rey, á quien su padre tuvo que decir en vista de su inutilidad: “que el cielo que le había concedido tantos estados, le negaba un hijo capaz de gobernarlos.”

Ilustremos la narración de Ricote con algunos datos históricos, para que veamos con más claridad la fingida conformidad de Cervantes ante medida tan impolítica como cruel, y de paso, la parte principal que, tanto en este hecho como en todos los que redundaban en perjuicio de la patria, tuvo la *sapientísima* Iglesia Católica.

Dice Roque Barcia en una de sus obras hablando del asunto que nos ocupa:

«Los bautizos forzosos, las conversiones obligatorias y fingidas, las violencias de todo género, los planes de exterminios que contra ellos se fraguaban continuamente, los tenían dispersos por todos los ámbitos de la Península, no faltando quien aconsejara á los reyes su expulsión total. Ningún reinado, empero, había adoptado una medida desesperada que debía matar nuestras industrias, confiadas exclusivamente á los moriscos en muchas regiones de España, puesto que la población española en virtud de ciertos privilegios de raza, se agrupaba en torno de la milicia y de la Iglesia.»

Como dice el citado historiador y dejamos dicho nosotros, estaba reservada tan funesta disposición, además del imbécil é inepto Felipe III, al infame valido duque de Lerma, quien estando de virey en Valencia demostró ya sus instintos

de fiera persiguiendo y atropellando á los moriscos de aquel reino, y mandando cortar las orejas á cuantos infelices caían en su manos. Andando el tiempo, la Iglesia Católica no tuvo inconveniente en confiar á esta hiena el capelo de cardenal.

Debido á los malos tratos de que eran objeto, hubo una sublevación en Marzo de 1610, al realizarse el segundo embarque de deportados moriscos, y aunque jamás hubo una protesta más justificada, fué ahogada en sangre: ¡bárbaro martirio, como dice un escritor, de una raza vencida!

Sin duda, estos serían *los ruines y disparatados intentos que los nuestros tenían*, á que se refiere el pobre Ricote, porque la verdad es que, después de verse perseguidos, atropellados, escarnecidos, atormentados y desposeídos de sus bienes, querer, después de esto, sublevarse, es no conocer el agradecimiento ni tener buenos instintos.

Y digo que sólo á esto pudo referirse Ricote en sus anteriores palabras, porque después de la sublevación de las Alpujarras, tan rigurosamente sofocada, no dieron los moriscos ningún motivo que justificara la bárbara medida que con ellos se tomó. A no ser que se tenga por motivos los que recientemente ha citado un ilustre escritor. Dice Alfredo Vicenti hablando de nuestra especial manera de ser y refiriéndose, por incidencia, al asunto objeto de estas líneas:

«No valen en estos tiempos la teoría gubernamental

y religiosa que desde fines del siglo xv hasta comienzo del xvii aplicamos á los moriscos. Querían los pobres diablos (y así lo imploraron reiteradamente del Consejo de Castilla) usar el baño en su casa, y repugnaban el consumo del puerco fresco, por imaginar, y no sin motivo, que su carne era perniciosa. No se les otorgó privilegio tan desusado. Si no querían ser echados de España, tendrían que renunciar á los lavatorios y que comer tocino, cual hacían ¡y á mucha honra! los cristianos viejos. No se avinieron (ni dieron á Felipe III todo el dinero que les pedía), y fueron ejecutivamente expulsados.»

Después de conocer lo que dejamos relatado ¡qué sarcástico resulta lo que dice Ricote: *Parece que fué inspiración divina la que movió á su majestad, etc., etc.!*

Entre ochocientas mil y un millón doscientas mil personas, oscila el número de las que salieron de la Península con motivo de la expulsión de los moriscos; á un millón las hace ascender el citado Barcia, cuya mitad, según el referido historiador, «se componía de criaturas irresponsables, nacidas en tierra española por derecho providencial, á quienes se usurpó de un modo tan inicuo el sol de su patria».

“Llevada á cabo aquella especie de degollación de inocentes, como la de Herodes contra el niño Jesús, las artes mecánicas, la agricultura y el comercio quedaron como el hombre á quien quitan la sangre, puesto que el millón de las personas expulsadas era la mayoría de las clases trabajadoras de nuestro país, despoblado y perdido, ora por los vicios y despilfarros de la administración, ora por las continuas guerras, ora por la

multitud asombrosa de monasterios, de órdenes, de prioratos y de abadías.» Permitidme que, para terminar este asunto, copie otro párrafo del expresado historiador, pues fija y puntualiza, de admirable modo, el bochornoso hecho que venimos comentando:

«Es indudable, dice el señor Barcia, que tal tropelia pudo halagar por un momento el instinto fanático de aquel siglo, acostumbrado á ver las cosas con la luz de la hoguera, porque Dios ha querido que el hombre tenga luz hasta para cegar; pero es más indudable todavía que la expulsión de los moriscos, considerada relativamente á la tendencia de atracción y de caridad que el catolicismo debe tener para con las gentes que no forman parte de su Iglesia, fué un atentado contra la religión; considerada relativamente al derecho, fué un atentado contra la justicia; considerada con relación á la conciencia, fué un atentado contra la humanidad; considerada con relación á la política, fué un atentado contra la nación española, un verdadero crimen de lesa patria.»

He aquí las funestas consecuencias de la intromisión de la Iglesia en la gobernación del Estado; con tal de satisfacer sus odios y ambiciones, no vacila en sacrificar la paz y la riqueza de la nación que débilmente se le somete. ¡Húndase el país y *dominemus* aunque sea en un desierto!

¿Cómo había de pasar sin la protesta de Cervantes, según vemos en las palabras de Ricote, hecho tan inicuo y vergonzoso? ¿Cómo había de callar el hombre recto y patriota ante tanta injusticia, ante tantos desafueros que empujaban la patria á su descrédito y ruina? Admiremos el valor de tan insigne escritor, porque valor, y grande, se necesita para censurar tan bárbara políti-

ca en el apogeo de su despótica dominación; y mucho más valor todavía para señalar, como él lo hace, el contraste de lo que en otras naciones ocurría:

«Llegué á Alemania, hace decir á Ricote, y allí me parecía que se podía vivir con más libertad, porque sus habitantes no miran en muchas delicadezas; cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte de ella se vive con libertad de conciencia.»

¿Concebís lo que, para los españoles del siglo xvii y en particular para un español como Cervantes, significarían las mágicas palabras *Libertad de conciencia*? No; no podemos concebirlo por muchos esfuerzos de imaginación que hagamos; para esto es necesario haber vivido tan oprobiosa época; haber sentido la pesadumbre de la tiranía teocrática; haber entrevisto la posibilidad de que nuestro cuerpo, cual un manojo de raíces secas, pudiera servir de pasto á las hogueras inquisitoriales. Sólo así comprenderíamos la profunda indignación que brota del alma de Cervantes en la comedida pero expresiva relación de las desventuras de Ricote.

¡Cómo volaría su pensamiento al considerar lo que pasaba en su patria, hacia esas tierras emancipadas del yugo romano! ¡Cuán clara manifiesta el ansia de morar allí donde *cada uno vive como quiere* sin temor á la tiranía de la Iglesia Católica, derrotada para siempre por la protesta de Lutero!...

Ya que hemos citado este nombre, pecaríamos de injustos si no dedicáramos unas cuantas

líneas á su esclarecida memoria. El 10 de Noviembre de 1483 nació este hombre que, cual gigantesco faro, iluminó con grandiosa claridad los tenebrosos abismos del catolicismo y enseñó á los pueblos el camino de la emancipación de las conciencias, por tantos siglos oprimidas y tiranizadas. En 1520 apareció la bula de excomunión contra Lutero y sus parciales; en Roma, Colonia y Lovaina, se quemaron por la Iglesia los escritos del reformador, y éste, á su vez, quemó poco después en Witemberg la bula de León X con todas las decretales de los Papas, en presencia de los profesores y estudiantes de la Universidad y de un gran concurso de espectadores. Declaró alto y públicamente

«que el Papa era el hombre del pecado ó el Anti-Cristo, cuya venida se había predicado en el antiguo testamento; exhortó á los príncipes cristianos á que sacudieran este vergonzoso yugo y se alegró de haber merecido la cólera de Roma defendiendo la libertad del género humano.»

Toda la razón está de parte de Lutero en su rebeldía contra la Iglesia Católica; en vano es querer ensombrecer la figura de este hombre extraordinario. Pudo tener cuantos defectos quisieron que tuviese sus apasionados enemigos; pero su obra fué beneficiosa á la humanidad, que, desde entonces, camina con paso acelerado hacia la conquista de un ideal, cuyo dominio, si aún no es de todo el mundo civilizado, lo será en breve, piensen y digan lo que quieran espíritus superficiales, incapaces de percibir las claras manifestaciones del alma popular.

VII

Sancho y Don Quijote salen de la casa de los duques dispuestos á marchar á Zaragoza. Cuenta el capítulo LVIII, que cuando se vieron en el campo, libres de los halagos de los duques y de clérigos impertinentes, respiraron á sus anchas como si hubiesen salido de un largo cautiverio. Entusiasmado Don Quijote con aquella libertad de que, tan sin tasa, disfrutaban, dijo á Sancho:

«La libertad es uno de los más preciados dones que á los hombres dieron los Cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honrra, se puede y debe aventurar la vida; y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres.»

¡Bien haces, maestro insigne, en enseñar á los pueblos lo que puede y debe aventurarse por conquistar el máspreciado de los dones! Sí; desahoga tu corazón cautivo inmortal; nadie con más autoridad que tú para abominar del cautiverio y ensalzar la libertad. Cautivo fuiste en Argel; y aunque redimieron tu cuerpo de la prisión material de los piratas argelinos, cautivo permaneciste de por vida; pues no era libertad, no, la menguada que, época tan mezquina y opresora, concedía á espíritus cuya magnitud no cabía en los espaciosos ámbitos del Tiempo y de la Historia...

Camino adelante, toparon nuestros viajeros con unos que llevaban unas cuantas imágenes que habían de servir en un retablo de una aldea vecina, y Don Quijote pidió, por curiosidad, á los que las llevaban se las dejarasen ver. Satisfecha la curiosidad, con todo lo demás que relata el capítulo que vamos comentando, prosiguieron su camino hidalgo y escudero, y Sancho hubo de decirle á su señor que tenía por buen agüero el encuentro con las imágenes, pues nada malo les había pasado en aquel lance, bien al revés de lo que, de ordinario, solía acontecerles. A esto contestó Don Quijote:

—«Tú dices bien, Sancho; pero has de advertir que no todos los tiempos son unos ni corren de la misma suerte; y esto que el vulgo llama comunmente agüeros, que no se fundan sobre natural razón alguna, del que es discreto han de ser tenidos y juzgados por buenos acontecimientos. Levántase uno destos agoreros por la mañana, sale de su casa, encuéntrase con un fraile de la orden del bienaventurado San Francisco, y como si hubiera encontrado un grifo, vuelve las espaldas, y vuélvese á su casa. Derrámasele al otro *Mendoza* la sal encima de la mesa, y derrámasele á él la melancolía por el corazón, como si estuviera obligada la naturaleza á dar señales de las venideras desgracias con cosas de tan poco momento como las referidas. El discreto y cristiano no ha de andar en puntillos con lo que quiera hacer el Cielo.»

Claramente se ve que el buen sentido de Cervantes condena las majaderías de los agoreros, é insinúa la procedencia de tan estúpidas supersticiones, pues como él nos dice *el discreto y cristiano no ha de andar en puntillos con lo que quiera hacer el Cielo*. Esto es: el verdadero creyente, el

cristiano sincero, no debe aceptar como leyes divinas errores tan groseros que van contra la moral y la fe de Cristo; *no ha de andar con puntillos con lo que quiera hacer el Cielo.*

Pero se me dirá: ¿es que la Iglesia Católica tiene algo que ver con usos y prácticas tan ridículas? ¿Acaso es *Ella* la que fomenta y consiente tales patrañas en perjuicio de la *verdad*, de la que es *única depositaria*? Serán resabios de mala educación, ignorancia, costumbres tomadas de los gitanos, que son muy supersticiosos, cualquier cosa... todo, menos que los agüeros y demás zarandajas por el estilo, tengan relación, ni de cerca ni de lejos, con las enseñanzas de la Iglesia...

¿Será posible, desmemoriado lector, que después de lo que has leído en estas páginas se te ocurran tan simples y candorosas objeciones?... Pues... sigue leyendo: el ejemplo que voy á poner es tan sugestivo, y viene tan á pelo para demostrar donde tiene su raigambre cierta clase de agüeros y supersticiones, que, á pesar de haberlo consignado en otro de mis folletos, lo reproduzco aquí por si acaso lo desconoces. Dice Malvert en su obra *Ciencia y Religión*, pág. 125:

«No es menos chocante el origen de Nuestra Señora de los Siete Dolores. La diosa Diana aparecía en Grecia, como la diosa Istar en Asiria, con un carcaj cuyas flechas parecían salir de la espalda. En la Edad Media, la imagen de Diana tomóse por la Virgen María. Las armas que se veían tras de la figura y atravesando su pecho, tenían que ser espadas, porque en el Evangelio se ha dicho: *una espada te atraviesa el alma*. Siendo en número de siete es-

tos símbolos del dolor, hiciéronse de ellos los siete principales dolores de la Virgen María. Una vez establecida y aclimatada la leyenda, se representó á la Virgen con el pecho abierto y el corazón al aire colocado sobre aquél y atravesado por siete espadas; después se asignó á esta madona un día de fiesta. Colocaron santuarios bajo su protección y le fueron dedicadas publicaciones especiales, oraciones, imágenes y escapularios. La imaginación piadosa no se paró en tan buen camino; á los siete dolores de la Virgen (antes Diana con carcaj) se añadieron por oposición los siete gozos de la Virgen, á los que siguieron los siete dolores y los siete gozos de San José, y éstos dieron lugar á los siete domingos en honor de San José y al cordón de siete nudos, también de San José.»

Deja de mencionar, el autor de referencia, los innumerables *siete padres nuestros y siete ave marías* de que están llenos el rezo católico, de la misma procedencia que los *sietes* ya citados. ¿Qué dice el lector en presencia de tan sobado, manoseado y repetido numerito? ¿No se le antoja este celebérrimo *siete*, más que cosa que á la religión pueda referirse, un número cabalístico de esos que tanto usan nigrománticos, echadoras de cartas y charlatanes de plazuela?...

Trece fueron los comensales en la Sagrada Cena; Jesús y los doce Apóstoles. En este acto tiene su raigambre la pavorosa leyenda que durante tantos siglos, y aun hoy mismo, pesa sobre el *ino cente* número 13; ¿causa?, que entre los trece de la Sagrada Cena estaba Judas el traidor; y no hay que darle vueltas; está más que probado que el número 13 y el infame Judas son una misma cosa. Quizás haya algún lector que dude esto y hasta que no lo crea, pero las personas que en

algo *nos estimamos* ya nos guardaremos de concurrir á reunión ó banquete (sobre todo á esto último), donde nuestra presencia pueda completar la suma del número fatídico. Ser el Judas de la reunión ó banquete, ¡horror!, antes la muerte.

Nadie ignora que Dios maldijo al dragón, serpiente ó culebra (que por todos estos nombres se conoce), causa de la caída de nuestros primeros padres;... pues, ¿qué cosa más *natural* que los católicos tengamos horror á un reptil maldito de Dios y que rehuyamos la ocasión de pronunciar su nombre? ¡Lejos de nuestros labios tal blasfemia, y el Señor aparte de nuestras personas las desgracias y calamidades que acarrea el decir nombre tan execrable! Mucho cuidado, lector amigo, con la infausta palabreja; si por cualquier circunstancia tuvieras necesidad de nombrar á la *bicha* ya lo sabes: ¡*lagarto lagarto!*, no hay maleficio que resista tan *misteriosa* evocación...

Dejemos en el archivo de los embustes, las partes de almendras que, con una oración escrita en ellas, curan las fiebres más rebeldes; las bolitas de pan mojadas en agua bendita, y el aceite de las lámparas de las iglesias que curan infinidad de enfermedades, los días *aciatos*, las horas *menguadas*... y todo este aquelarre de estúpidas y groseras supersticiones. ¿Se puede ya dudar del origen de tanta patraña, causa de tanto embrutecimiento?

Dice el autor de *El secreto de Roma en el siglo XIX*, hablando de las especies que la Iglesia puso

en circulación para infamar la memoria de Lutero, especies que el vulgo de aquella época creía á pies juntillas:

«Se dice que nacido del comercio infernal que su madre tuvo con un demonio, había sofocado el grito de su conciencia y concluído por ser ateo. Decían también que hubiera cambiado fácilmente su paraíso de cien años, por los de diez de una vida agradable. Aseguraban que Lutero negó la inmortalidad del alma, que se hallaba poseído de ideas bajas y carnales respecto de la otra vida; que había compuesto himnos en favor de la borrachera, que había blasfemado contra las Santas Escrituras, y en particular, contra Moisés, y por último se ha llegado á decir que él mismo no creía en lo que predicaba. Fácil es conocer el origen de todas estas iniquidades, y por lo mismo es inútil indicarlo. Este fango de calumnias ha tenido principio frecuentemente en la sentina romana.»

Quien inventa y propala tales cosas es capaz de todo; y conste que yo no participo de la indignación del autor de referencia; pues aparte de la primera imputación, que por lo monstruosamente absurda no puede indignar á nadie, las demás son cosas corrientes y molientes en el *teje maneje* de nuestra *Santa Madre*. Si á cosas tan *baladíes* llama el citado autor calumnias é iniquidades, fango y otras cosas más, ¿qué calificativos reservaría para el... desparpajo con que el dominico Tetzels pregonaba la venta de indulgencias para toda clase de crímenes?

«Cualquiera que compre, decía, las cédulas de indulgencias, puede estar seguro que su alma estará tranquila y fuera de pecado; así como las que estando en el purgatorio y para cuya redención se compran las indulgencias, tan pronto como la *pecunia* suena en la caja, salen del lugar de los tormentos y suben *derechamente* al cielo.»

Si la Iglesia reprochaba á Lutero que él mismo no creía lo que predicaba, ¿qué diremos de los que vendían las indulgencias como si fueran rábanos ó patatas? ¿No fué el perseguidor de Lutero el propio León X, quien hablando de la Biblia, dijo que eran *textos de novelas*?...

Sale un agorero de su casa; encuéntrase con *un fraile de la orden del bienaventurado San Francisco, y como si hubiera encontrado un grifo, vuelve las espaldas y vuélvese á su casa*. ¿Queréis saber por qué Cervantes cita á un fraile de esta orden y no al de otra? Pues sencillamente porque el autor no ignoraba que San Francisco mandó á los suyos que vivieran *exclusivamente de limosnas*, y, claro está: el transeunte que se encontraba con uno de estos pedigüeños, ó escondía la bolsa ó echaba á correr para su casa si no estaba en vena de dejarse *sablear*. Conociendo *cómo las gastan* los monásticos y las monásticas, no hay que esforzarse mucho para comprender el humorismo de Cervantes en su alusión á los frailes franciscanos

Aquí, puede decirse, termina el análisis anticlerical que, del *Quijote*, veníamos haciendo; si la labor no es más abundante ni de mejor calidad, cúlpese, en primer término, á mi insuficiencia y además á la premura con que he escrito estos renglones en mi afán de terminar pronto este trabajo. Todos los ejemplos citados, en apoyo de mis juicios y comentarios son, como el



lector habrá podido observar, de épocas anteriores á Cervantes ó de la suya propia; no he querido citar ninguno de época posterior, pues les restaría autoridad, el hecho de que Cervantas no pudiera conocerlos por sí mismo ó por las referencias de la Historia. Sin embargo, como hay lectores muy *descontentadizos* y entre éstos pudiera haber algunos que creyeran que desde entonces acá ha rectificado la Iglesia Católica, pondremos en el capítulo siguiente algunos ejemplos más para demostrar que dicha institución siempre ha sido lo mismo; igual en los primeros tiempos que en nuestros días.

De esta incapacidad de corrección y enmienda, nace su decadencia actual; por ella perdió para siempre el poder temporal y perderá el escaso predominio que le queda todavía.

Advierto que al trazar estas líneas no me guía ninguna animadversión contra la Iglesia; pero entiendo que las instituciones, sean políticas, sociales ó religiosas, que no cumplen los benéficos fines para que fueron creadas, deben desaparecer; y con mayor motivo si en vez de llenar su *humanitaria* misión, son un obstáculo permanente al progreso y adelanto de los pueblos.

VIII

Por el capítulo II de este libro, sabemos lo que nos cuenta Laurent acerca de Constantino I el *Grande*; veamos lo que del mismo nos dice Lanfrey, pues no está demás insistir sobre las relaciones que tuvo la Iglesia con el citado emperador, ya que nos lo presenta como modelo de virtudes, por las cuales el orbe cristiano lo venera en los altares:

«El Oriente comienza á separarse del Occidente, bajo el punto de vista religioso como del político; la Iglesia persigue en nombre de la unidad, como había hecho el imperio; niega á sus enemigos la tolerancia que por tanto tiempo había invocado para sí; cierra los templos del paganismo y de la herejía y se enriquece con sus despojos; repite contra las sectas disidentes la implacable guerra que Roma había hecho á las nacionalidades; las contiendas teológicas, hasta entonces inofensivas, ensangrientan las ciudades; y á semejanza del imperio, la Iglesia tiene sus pretorianos que ponen la tiara á subasta, elevan papa contra papa, obispo contra obispo, concilio contra concilio. Más todavía. Era preciso pagar á los emperadores el precio de su protección, y se ve á un hombre cargado de crímenes como Constantino, manchado con la sangre de su hermano, de su hijo y de su mujer, recibir el incienso en calidad de *obispo exterior* en las basílicas cristianas, al mismo tiempo que se hacía adorar en calidad de César en los últimos templos del politeísmo. Sin haber sido bautizado, depone obispos, falla en última apelación sus diferencias, convoca y preside concilios, decide cuestiones de dogma según las inspiraciones de su impaciencia ó de su capricho, y para mayor escándalo, es colocado en el número de los bienaventurados.»

El lector puede ir haciendo los comentarios que más le agraden, pues yo me limitaré á exponer ante su vista una serie de cuadros á cual más pintorescos y sugestivos, con objeto de que los examine y reconozca, al mismo tiempo, la abundancia y superior calidad de tan *hermosa galería*. Este que acabamos de examinar, hay que convenir en que es soberbio y de mano maestra: pertenece al siglo iv de la Era Cristiana.

El Papa Zacarías se pone de acuerdo con Pipino, rey de los francos, para echar los cimientos del poder temporal de la Iglesia; ¿condiciones?, las tan conocidas, *tu me bendices; yo te saludo*; Zacarías reconoce la usurpación á la corona llevada á cabo por Pipino, y éste, á su vez, regala á Zacarías unas tierras sobre las que no tenía ningún derecho y que fueron, andando el tiempo, la base de los Estados Pontificios. Dice el Sr. Ferrándiz, traductor de la obra de donde tomamos estos datos, en una nota puesta á los hechos que vamos relatando:

«Se ve que el origen del poder temporal de los papas fué una usurpación piadosa é inícuca, con despojo de legitimidad para obtener como precio el reconocimiento de la ocupación de lo ajeno. Pipino usurpó, confabulado con el Papa, una corona á la cual no tenía derecho alguno, y dió en premio tierras que no le pertenecían. ¡Donosa legitimidad la del poder terreno de los papas!»

¡Admirable! Siglo viii de nuestra Era.
De Lanfrey y de la misma época:

«Adoptando ya el lenguaje de la audacia, ya el de la astucia ó el de la lisonja, y cuando se dirigen á sus enemigos, el de la mayor violencia; los Papas se muestran en

ellas preocupados exclusivamente en intrigas é intereses extraños á su misión espiritual. Clavados sus ojos en la presa que ambicionan, no se acuerdan para nada de la influencia moral de la Iglesia. En vez de combatir las supersticiones y la ignorancia de su tiempo, las explotan por medio de artificios, de invenciones combinadas y sostenidas con la mayor sangre fría. El siglo VIII es una época singular de la Historia del mundo, por la inaudita boga que en él obtuvo la mentira. En pocos años se llevó á cabo una gran revolución, por medio de unos cuantos documentos fabricados por falsarios, y que llegaron á ser en toda Europa la fuente del derecho público. Cuando muchos siglos después descubrióse el fraude, había producido ya todos sus efectos. Nunca, ni antes ni después, se ha visto cosa semejante: fué la edad de oro de la impostura. Jamás las declamaciones sobre las intrigas de la teocracia igualarán la elocuencia de un simple inventario de aquellas piadosas astucias y de los efectos que produjeron.»

¿Qué tal? Suma y sigue: episodios de los siglos X y XI:

«¡Oh Roma, exclama Arnaldo, obispo de Orleans, en el Concilio de Reims: cuán digna eres de compasión y que espesas tinieblas han sucedido á la dulce luz que derramabas sobre nuestros cielos!... Entonces la Iglesia podía llamarse universal. ¿Porque hoy tantos obispos, ilustres por su ciencia y su virtud, se han de someter á los mónstruos que la deshonoran? Si el hombre que se sienta en ese trono sublime carece de caridad, es un anticristo; si á la vez carece de caridad, y de sabiduría, es un ídolo; lo mismo dará consultar un pedazo de mármol.»

Dice Gerberto, contemporáneo de Arnaldo y el obispo más sabio y virtuoso de la época:

«Es menester no dar á nuestros enemigos ocasión de decir que el sacerdocio está sometido a un hombre; de manera que si este hombre se deja corromper por plata, por favor, por temor é ignorancia, nadie pueda ser obispo sin recomendarse á ese hombre por semejantes medios.»

Por fin... sube al pontificado Gregorio VII. En esta época recibe la Iglesia, por mediación

del supradicho Gregorio, títulos de propiedad de todas los imperios, de todos los reinos, ducados, condados y marquesados habidos y por haber. Dueña de tantos territorios se dispone á ceder la propiedad de los mismos al que más caros los pague y más ventajas ofrezca á la *propietaria* vendedora.

«No ignoráis, escribe á los condes de España, que desde los tiempos más remotos el reino de España es propiedad de San Pedro y que pertenece todavía á la Santa Sede y á nadie más, aunque esté en manos de los paganos; porque lo que una vez ha entrado en la propiedad de la Iglesia, nunca deja de pertenecerle.»

Con el rey de Francia no se atreve, pero le amenaza así:

«Si el rey no renuncia al crimen de simonía, los franceses, heridos con el anatema, rehusarán obedecerle por más tiempo.»

Al de Hungría le habla en esta forma:

«No podréis tener ni lo uno ni lo otro (el afecto de Gregorio y el favor de San Pedro), ni siquiera ser rey sin incurrir en la indignación pontifical, á menos que no os retractéis de vuestro error y declaréis poseer vuestro feudo, no de la dignidad real, sino de la dignidad apostólica.»

A Suenon, rey de Dinamarca, le dice:

«Hay cerca de nosotros una provincia muy rica ocupada por cobardes herejes; deseáramos que uno de vuestros hijos viniese á establecerse en ella para ser su príncipe y constituirse en defensor de la religión, si es que, como nos lo ha prometido un obispo de vuestro país, consentís en enviarlo, con algunas tropas escogidas, para el servicio de la corte apostólica.»

Al pobre Demetrio de Rusia, lo desposee de su trono para dárselo á su hijo, tal vez más complaciente con la ambiciosa Iglesia.

«Vuestro hijo, le dice Gregorio, al visitar los sepul-

«cros de los apóstoles se nos ha presentado y declarado que quería recibir vuestro reino de nos, como don de San Pedro, prestándonos juramento de fidelidad y asegurándonos que aprobaríais su demanda. Como nos ha parecido justa, le hemos dado vuestro reino de parte de San Pedro.»

Al pobretón duque de Cagliari, que mandaba en Cerdeña, le dirige esta *amistosa* epístola:

«Debes saber que muchos nos piden tu país, prometiéndonos grandes ventajas si se lo dejamos invadir. No solamente los normandos, los toscanos, y los lombardos, sino hasta los ultramontanos, nos dirigen las más vivas instancias sobre el particular; pero no hemos querido decidarnos antes de reconocer tu resolución por nuestro legado. Si persistes en la intención que has manifestado de ser fiel á la Santa Sede, lejos de permitir que seas atacado, te defenderemos con las armas espirituales y seculares contra toda agresión...»

Esto no es un cuadro, es una pintura mural, un fresco gigantesco de mérito incalculable por infinidad de circunstancias, y, sobre todo, por... su *frescura*.

Siglo XII; Cruzada contra los albigenses. Los condes de Foix, de Tolosa y algunos más, se declaran por los albigenses, ante los bárbaros atropellos de que son víctimas por parte de la Iglesia; y ésta, á su vez, excomulga á los referidos condes y predica la Santa Cruzada contra ellos, prometiendo el cielo al bárbaro que hiciera mayor número de víctimas. Sobre esto, dice Lanfrey:

«Se siente palpar, aun en las crónicas del tiempo, la impresión de espanto que causó este llamamiento salvaje. Atraída por la ambición de tan rica presa, una banda inmensa, codiciosa, de aspecto horrible, formada de todos los aventureros, malhechores, bandidos y vagabundos que había en los países comarcanos, se reunió á la voz de los

monges y obispos y se puso en marcha hacia el Languedoc, devorándolo todo á su paso.»

Uno de los legados del Papa, aterrado ante la probable carnicería de ancianos, niños y mujeres, hubo de consultar al pontífice sobre «qué haría para distinguir los inocentes de los culpables» y el *Santísimo Padre* le contestó: *Herid sin piedad, que el Señor sabrá distinguir á los suyos.*

Rotos los lazos de la Humanidad por tan bárbara y cruel respuesta, los cruzados toman á Beziers, queman y saquean la ciudad y pasan á cuchillo á más de veinte mil personas sin distinción de sexo ni edad. Sigue Lanfrey:

«Esta cifra se elevaba al fin de la guerra á más de doscientas mil personas. Casi todos perecieron fuera del campo de batalla en ejecuciones que eran ceremonias religiosas y donde el hierro de los legos, descartado como instrumento profano, era sustituido por el fuego purificador, elemento esencialmente sacerdotal y sagrado. Esto se llevó á cabo, dicen las mismas relaciones, *para edificación y gran regocijo del buen pueblo.*»

Esta matanza de criaturas cristianas (los albigenses lo eran, sólo que combatían la política de Roma) la ordenó y llevó á cabo el *bondadoso* pontífice Inocencio III; aquel que, para demostrar la profundidad y arraigo de sus creencias religiosas, hubo de decir á su familia que afligida rodeaba el lecho de muerte: «¿Por qué lloráis? ¡A todos os dejo ricos!»

Siglo XIII, Celestino IV; cuadro conmovedor, al par que enigmático, por lo *extraño* de su composición. Pintor, el citado Lanfrey:

«Este santo hombre admiró al mundo con un acto no

visto hasta entonces. Elegido después de una vacante de más de dos años, y por no poder llegar los cardenales á un acuerdo sobre otra elección, este hombre sencillo, habituado á la vida contemplativa de los ascetas, hallóse tan mal, tan extraño sobre aquel trono, antes objeto de su veneración, y donde veía ahora fraguarse tantas intrigas, mentiras y torpezas, que se aturdió; abdicó y pidió por gracia volver al desierto. Apenas le fué aceptada su renuncia, huyó á toda prisa, como temiendo que se le obligase á volver á tomar la tiara.»

Este Papa, á quien tenían por un *infeliz* sus contemporáneos, dió muestras con su *hábil* retirada, de poseer una dósis muy grande de sentido común y de tener más en estima su pellejo que el trono de San Pedro.

Siglo XIV; sigue *en auge* la *moralidad* del pontificado; el gran Petrarca llora la desventura de su hermana deshonrada por el Papa Benedicto XII, y nos lega esta pintura de la Corte romana:

«Allí está el laberinto donde muge el raptor Minotauro, donde reina la Venus impúdica y Parsifae, amante del Toro. Allí no hay guía ni la de Ariadna; para encadenar el mónstruo y ganar á su portero, no hay otro medio que el oro, el oro que abre el cielo y compra á Jesucristo.»

Siglo XV; apartemos la vista con horror y el estómago con asco de tanta inmundicia y podredumbre; demos de lado á tanto Papa ambicioso, cruel y lujurioso, para fijarnos solamente, en Paulo II. Este Papa, dotado por la naturaleza de una hermosura física extraordinaria, no se preocupaba más que de embellecer su persona; hasta el extremo, de que sometió á una junta de doctos y graves varones la *árdua e interesante* cuestión

de si le convendría más llamarse *Formoso* en atención á su hermosa y bella figura (!!!).

Siglo xvi; este siglo, al decir de los historiadores, lo llena todo el Papa León X; no he de negarlo yo; efectivamente, este siglo es el de la *protesta de Lutero*, el de la *Taxe cancellarice Apostólica* y el de las *ventas de indulgencias*. Ni una palabra más.

Del siglo xvii no registraremos más que un episodio entre mil; Inocencio X pasó su pontificado en la continúa perplejidad de si había de entregar su *corazoncito* á Doña Olimpia Maidalchini ó á Doña Olimpia Aldobrandini, pues ambas señoras se lo disputaban furiosamente. También, por una cuestión de... *cuartos*, con el duque de Parma, saqueó y arrasó la ciudad de Castro, no quedándoles á sus habitantes más consuelo que entretenerse en leer un letrado que en una columna mandó poner el Papa, sobre los escombros de la población. *Aquí estuvo Castro*, decía. Nos acercamos á nuestros tiempos; veremos lo que dice la Historia acerca del Papado en el siglo xviii.

El abate Dubois se hace cardenal comprando al Papa, á sus sobrinos, á sus matronas y á parte del Sacro Colegio. Inocencio XIII, el Papa *seducido* por Dubois, muere abrumado por... sus millones.

He aquí la historia de la Iglesia pintada á grandes rasgos; si alguien cree que exageramos, sepa que casi todos los Papas, salvo muy conta-

das excepciones, han sido más dignos de censuras que de alabanzas; y, dicho se está, que como ha sido el *pastor* ha sido el *rebaño*, salvas, también, muy contadas excepciones.

Siglo XIX: Por tratarse de nuestro tiempo, y para el lector que lo ignore, daré una breve reseña de todos los Papas habidos en nuestra época. Con esto quedará evidenciado, definitivamente, la persistencia de la Iglesia en su equivocado proceder y su absoluta incapacidad de corrección y enmienda.

Pío VII comienza su pontificado con el siglo; hombre nulo para el cargo que desempeñaba, quiere, en su ignorancia, resucitar el poderío pretérito de la Iglesia; pero se encuentra en el camino de sus pretensiones con Napoleón I y sólo consigue desprecios y humillaciones. A su muerte, y muerto también el Capitán del siglo, le sucede una fiera, León XII; este Papa *pone en vigor* los horrores de la Inquisición, persigue á los patriotas como á bestias feroces, saquea á los judíos y los obliga á vivir en un barrio amurallado como si de alimañas dañinas se tratase, y en su tiempo, no cesaron de funcionar las cárceles y el cadalso como en las épocas más bárbaras y crueles. Pío VIII; con poca diferencia, la misma barbarie y crueldad de su antecesor. Gregorio XVI; este *sabio y virtuoso* pontífice *ilustra* su reinado decretando la prohibición de toda asamblea científica en sus estados; la prohibición de establecer ferrocarriles en el territorio de la Iglesia,

y la prohibición de toda clase de auxilios científicos al enfermo que, pasados tres días de enfermedad, no hubiera llamado, en este plazo, á un sacerdote. Pío IX; loco ambicioso, que, como sus predecesores, quiere sostener la influencia del Papado á fuerza de horrores; pero es vencido y el poder temporal de los Papas desaparece para siempre.

¡¡Ya era hora!! Después de la toma de Roma, por las tropas de Víctor Manuel, dice el Sr. Ferrándiz, en su historia de este pontificado, que Pío IX hubo de decir:

«Podríamos haber franqueado al punto las puertas de Roma, sabiendo que el ejército italiano era por nosotros invencible; pero *la dignidad de la Iglesia exigía que ésta no perdiese sus posesiones sin que se derramase alguna sangre.*»

¿Qué os parece este *santo* Padre, católicos de la clase de papanatas?...

En cuanto á los dos últimos Papas, el difunto León XIII y el actual Pío X, leed lo que acerca del primero dice el citado Ferrándiz en su continuación á la *Historia política de los papas* de Lanfrey, y lo que el mismo escritor escribe casi á diario del segundo... Los mismos vicios, la misma corruptela é inmoralidad, más ó menos disimuladas por el decoro que exigen los tiempos...; por lo demás, si ya no existe la barbarie y crueldad de hasta hace poco, no lo achaquéis á mudanza de la institución, incapaz de corregirse como queda demostrado; es que ya no puede, que

dejó de ser lo que fué, para bien de la Humanidad y sosiego de los pueblos. ¡Si pudiera!... .

Terminemos nuestra tarea volviendo al lado de Don Quijote; el *Ingenioso Hidalgo* se encuentra en sus últimos momentos, y ya que le hemos acompañado en sus andanzas contra disciplinantes enlutados y demás caterva clerical, bueno será no abandonarle en tan supremos y críticos instantes.

IX

Don Quijote se muere; el loco sublime vuelto á la razón en el último trance de su vida, hace testamento y distribuye su hacienda en la forma que todos conocemos. Acabado esto, dice:

«Item, suplico á los dichos señores, mis albaceas (el cura y Sansón Carrasco), que si la buena suerte les trujere á conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de *Segunda Parte de las hazañas de Don Quijote de la Mancha*, de mi parte le pidan, cuán encarecidamente se pueda, perdone la ocasión que sin yo pensarlo le dí de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parto de esta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos.»

Dediquemos el último capítulo de esta obrita á la tan debatida cuestión del supuesto autor del

falso *Quijote*, pues aunque dicho asunto no cae de lleno en el objeto que me propuse al realizar este trabajo, guarda alguna relación con juicios que expongo comentando, en el sentido que lo hago, los diferentes pasajes del *Quijote*.

Hay indicios para sospechar que Cervantes conocía al escritor que se ocultaba tras el nombre de Alonso Fernández de Avellaneda; pero no los hay de los motivos que pudiera tener para ocultar á la posteridad el nombre de su competidor; causa, esto, de los juicios más apasionados y contradictorios. Para la mayor parte de los críticos que de esto se han ocupado, el autor del *Quijote* de Avellaneda fué un escritor eclesiástico. Fray Luis de Aliaga, fray Alonso Fernández, fray Andrés Pérez, fray Félix Lope de Vega, el clérigo Bartolomé Leonardo de Argensola, todos estos y algunos más; unos por una cosa y otros por otra, han sido señalados como probables autores de tan chavacana obra. Acerca de ella y de su presunto autor, dice el Sr. Menéndez y Pe-layo:

«Pero esta misma baja tendencia de su espíritu hace inestimable su obra, en cuanto sirve para graduar por comparación ó más bien por contraposición los méritos de la de Cervantes. El continuador se apodera de los tipos creados por su inmortal predecesor, pero sólo acierta á ver en ellos lo más superficial, y en esto se encarniza abultándolos en caricatura grosera. Ni el delicado idealismo del hidalgo manchego, ni el buen sentido de su escudero, salen bien librados de sus pecadoras manos, las cuales parece que tienen el don de ensuciar y mancillar todo lo que tocan. Su Don Quijote es un feróz energúmeno, un loco de atar; su Sancho Panza un glotón asqueroso é insaciable.

Lo que en Cervantes, en la aventura de los Batanes, fué descuido de un momento, se convierte en regla general para su imitador, cuyo libro *todo es batanes*, si se me permite este necesario eufemismo.»

El ilustre autor de tan bello y justo juicio, cambia de frente en cuanto á la opinión, sobre el falso Avellaneda, sustentada por la inmensa mayoría de la crítica. No quiere que sea eclesiástico el autor del falso *Quijote*; según él, se trata de un oscuro poeta aragonés llamado Alfonso Lamberto. Acerca de esto, puede verse su carta á don Leopoldo Rius y Llósellas publicada en 1897. Son tan débiles y faltos de solidez los indicios en que funda su creencia, que á mi entender, se trata de una hipótesis más, con mayor ó menor ingenio, de las muchas que se han aventurado sobre el particular.

Lo mismo digo acerca de las otras; pues, hasta la fecha, no conozco nada definitivo de tan debatido y misterioso asunto. Pero me sorprende, y sobre esto llamo la atención del lector, la unanimidad de los otros críticos en achacar la paternidad del falso *Quijote* al elemento religioso, y el empeño de don Marcelino, como puede verse en la citada carta, en apartar á la opinión de tales conjeturas. Con más ó menos fortuna va descartando de los religiosos mencionados la posibilidad de que ninguno de ellos pueda ser el supuesto Avellaneda; y con indiscutible maestría, va poco á poco induciendo al lector hacia orientaciones completamente distintas y contrarias.

Admiro su saber y reconozco su loable inten-

ción; pero, precisamente por esto, dudo de su aparente disconformidad con el pensar de la mayoría en este asunto.

Conocido su hermoso juicio que acerca de ambos *Quijotes* dejamos copiado, y conocidas las ideas y creencias que el sabio maestro profesaba, ¿no aparece con toda claridad la causa de que el señor Menéndez y Pelayo trate por cuantos medios estén á su alcance de apartar del elemento religioso la paternidad de tan detestable libro? Yo creo que sí; y no es solamente por el estilo en que puedan estar escritos los dos *Quijotes*, que en esto no cabe discusión, sino porque el libro de Avellaneda es un tejido de groserías, de ideas torpes y ruines, de pensamientos bajos y vulgares, y, sobre todo, alardea de un realismo tan sucio y soez que, claro está, ¿cómo había de querer el ilustre escritor que gente de sus ideas y creencias fueran los autores de tan poco recomendable obra?

Nosotros, en su caso, hubiéramos hecho lo mismo, y de ahí el que nos aparezca loable su intención. Bien quisiera extenderme un poco más sobre tan interesante tema, pero sería tarea harto prolija tener que referirme á lo mucho que sobre esto han escrito pensadores y eruditos; y en cuanto á hablar por cuenta propia, carezco de suficiencia para ello. Mas si consideramos lo que Cervantes opinaba del clericalismo, los motivos de queja que de algunos eclesiásticos tenía, sus ideas políticas y sociales, tan claramente ma-

nifestadas en su libro, y que tan contrarias eran al pernicioso influjo de la Iglesia, fácilmente nos inclinaremos á creer que si Avellaneda no era un religioso, por lo menos escribió al dictado de gente que con la Iglesia se relacionaba.

Como última prueba, en apoyo de esta opinión, invito á las personas inteligentes é imparciales á que lean uno y otro *Quijote*; que estudien los pensamientos y las ideas de que uno y otro autor hacen alarde; que comparen el proceso, desarrollo y fin de ambas producciones; que se fijen en los dichos, usos, costumbres, en toda la modalidad de entrambos novelescos protagonistas, y el que esto haga, apesar de la inmensa autoridad del Sr. Menéndez Pelayo, quizás no participe de su opinión y crea, como nosotros, lo que indicado queda sobre este particular. ¿Envidia ó malquerencia de carácter puramente privado? ¿Deseos de la Iglesia de ridiculizar la obra de Cervantes (ya que dejó pasar la ocasión de destruirla), haciendo escribir la contrafigura del loco ideal para confundir á la opinión y apartar su atención del incomparable libro del Manco inmortal? Pudiera ser, aunque nada puede afirmarse en realidad; tal vez llegará el día en que este enigma deje de serlo; mientras tanto, forzoso será que cada cual piense como le parezca en tan complejo y discutido asunto.

Posible es que algún lector me haga esta pregunta: ¿Cómo siendo Cervantes tan despreocupa-

do en las cosas de la Iglesia, y tan anticlerical como usted ha pretendido demostrar, perteneció á la *Congregación de indignos esclavos del Santísimo Sacramento*? ¿Y cómo además de esto, pocos días antes de morir, profesó en la *Venerable Orden Tercera de San Francisco*?

Vayamos por partes; yo no he negado el cristianismo de Cervantes ni su sinceridad como creyente; lo que sí he negado y niego, es que fuera un católico incondicional y sumiso, un beato adocenado y vulgar, un fariseo admirador del clericalismo de aquellos tiempos; creo que ya he dicho lo bastante sobre el particular; por tanto no hay por qué insistir. Expliquemos, ahora, las causas que motivaron el ingreso de Cervantes en las citadas asociaciones religiosas, y ellas nos darán la clave de la clase de sentimientos que impulsaron á nuestro autor á tomar tal determinación.

Sepa, el que lo ignore, que en aquella época la Iglesia mortificaba cuanto podía á los escritores que, por sus méritos, se destacaban del montón de los mediocres y sumisos, haciéndoles la vida imposible con sus chinchorrerías y persecuciones, hasta el extremo que los citados escritores comprendieron que para poder escribir con relativa libertad y sosiego, no había más remedio que *acogerse á sagrado* y pagar el tributo de hipocresía religiosa que la Iglesia ha exigido siempre á falta de mejor ofrenda.

Además, no había entonces en la corte industria, arte ni oficio, por insignificante que fuese,

que no tuviera su correspondiente Congregación, Hermandad, Cofradía ó algo por el estilo.

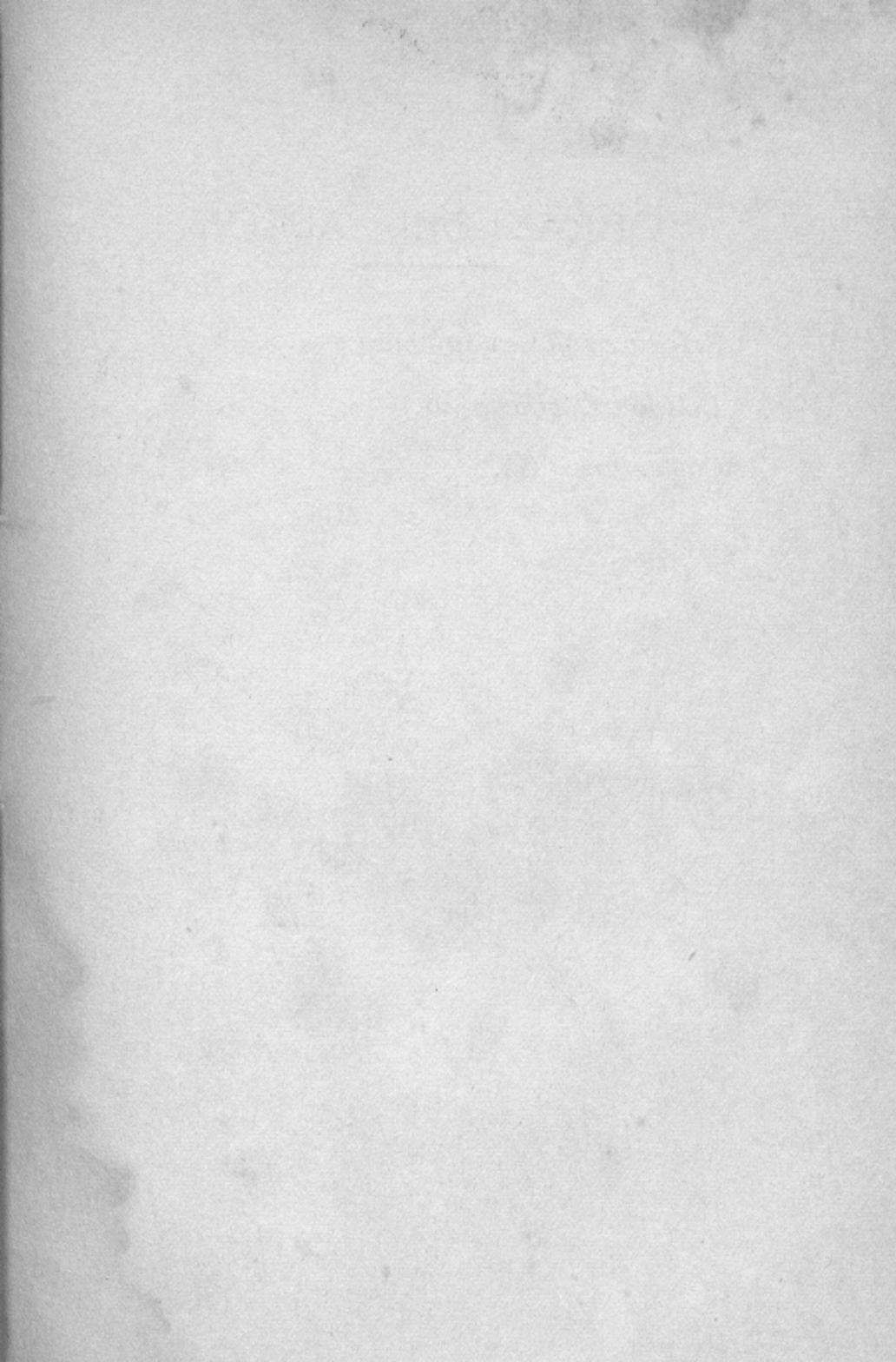
Era la moda impuesta por *quien se sabe*, y no había más remedio que capitular; ó con *Ella* ó contra *Ella*. De ahí el que los literatos no fueran una excepción y mucho más sabiendo como sabemos, que la gente de letras fué siempre á los ojos de nuestra *Santa Madre, sospechosa y propensa á la herejía*. Por esta razón y la necesidad que tenían, si no querían seguir escribiendo otra cosa que sermones y novenas, de cubrirse con el *sagrado pabellón*, secundaron la iniciativa tomada al efecto por el trinitario fray Alonso de la Purificación y el gentil-hombre de Cámara D. Antonio Robles y Guzmán, naciendo de aquí la citada Congregación. *Indignos esclavos del Santísimo Sacramento*, más ó menos forzosos, fueron, además de Cervantes, Salas Barbadillo, Vicente Espinel, Lope de Vega, Quevedo y muchos más.

Sabido esto, ¿qué supone ni qué significa que como otros muchos perteneciera Cervantes á la referida Congregación?... Postrado en el lecho, del que no había de levantarse más, profesó nuestro autor en la *Venerable Orden* ya citada. La Iglesia ponía especial cuidado en que murieran profesos en cualquier Orden religiosa todos aquellos que por su saber, fama ó merecimientos pudieran por tal acto dar lustre y prestigio á la religión; así es que Cervantes no había de escapar á esta regla. Para conseguir esto, se valie-

ron del presbítero Martínez Marcilla, gran amigo suyo y uno de sus más constantes favorecedores en los últimos tiempos de su vida.

Rendido, de cuerpo y espíritu, por las amarguras y desengaños sufridos, moribundo y siempre agradecido, ¿es de extrañar que por complacer al amigo y bienhechor cediera á sus instancias dándole la última prueba de reconocimiento que en sus manos estaba? Sin embargo, no murió dominico, agustino ó jesuíta; en sus últimos momentos, profesó en aquella *Venerable Orden Tercera* cuyos fundamentos eran la humildad y la pobreza. He terminado.



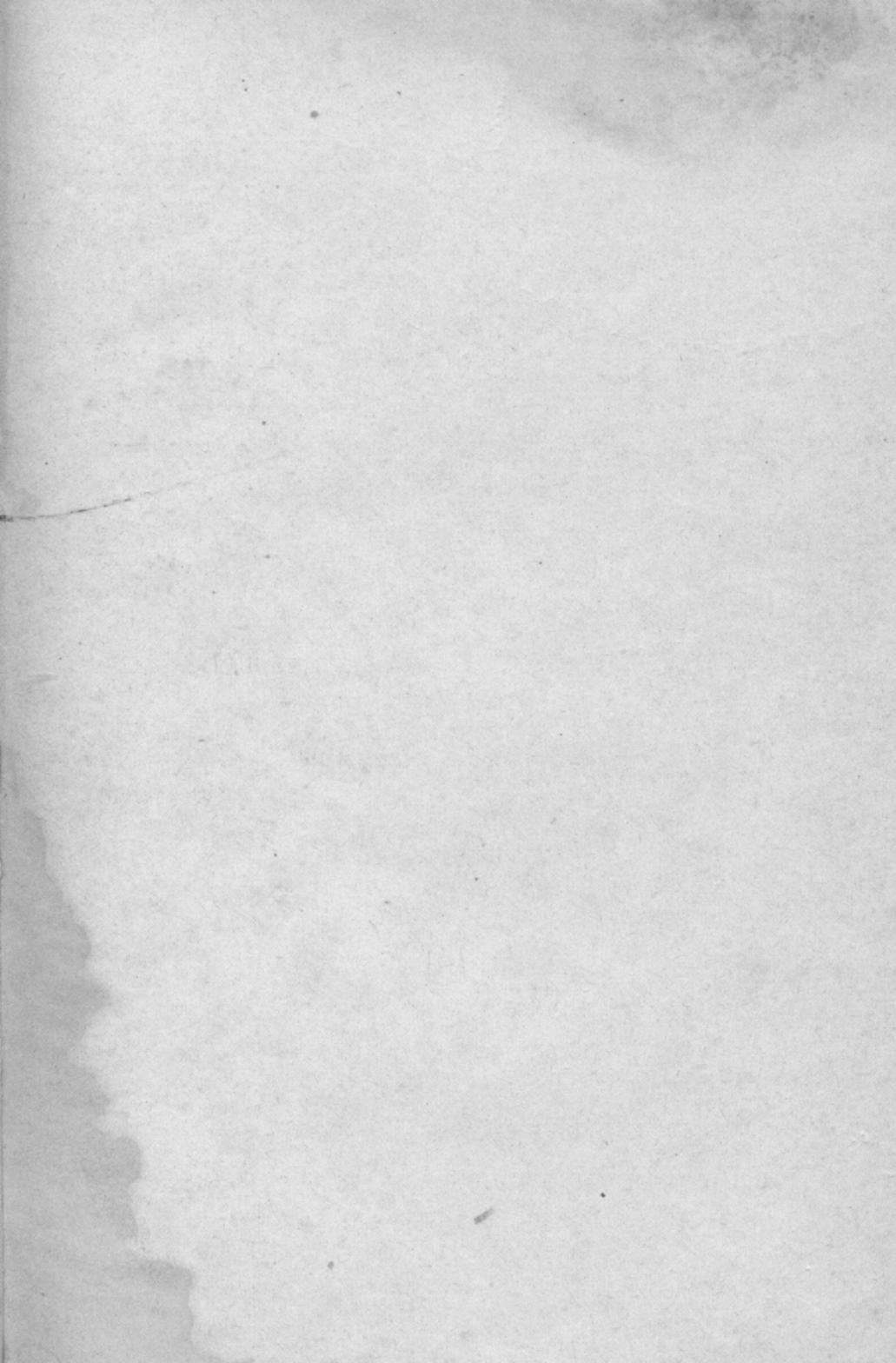


OBRAS DEL AUTOR

Crítica religiosa (agotada).

Delenda Carthago (íd.)

Comentarios (íd.)





JT 4165

ANTHONY RICHARDSON
LISAMORDEL

QUINCY

CHERRY

CHERRY

CHERRY